

PALESTINO



78

Roberto Álvarez E.

Roberto Bishara, Ex - Jugador de Palestino y Técnico de Cadetes

Para todos los que amamos esta linda institución, este es un libro que nos hace recordar uno de los momentos más memorables que tenemos como club. Fue nuestra última estrella conseguida de manera brillante y es muy merecido homenajear a ese equipo campeón. El 25 de noviembre de 1978 es una fecha que siempre será recordada. Llevo 20 años en el club trabajando y comparto la idea que nuestros jugadores de la cantera se empapen de cosas importantes y crezcan con fechas ganadoras para poder repetir las a futuro.

Danilo Díaz, Premio Nacional de Periodismo Deportivo 2009

Lo fácil en el fútbol es ir con el grande. La familia y los títulos seducen a la hora de tomar la decisión que, salvo una excepción que llegó a La Moneda, nadie modifica. Roberto Álvarez nunca abandona sus raíces familiares, colores de El Tabo y el legado de Palestino. Seguro que los nombres que marcaron las canchas locales durante la segunda mitad de la década de los 70 influyeron en su definición. Lógico. A nadie le gusta perder. En especial durante la niñez.

Ese cuadro tricolor de Caupolicán Peña, con un corto ciclo de Fernando Riera, impresionaba y encantaba. Roberto se enamoró y ni siquiera las luces de las tribunas repletas o de la masa que seduce lo hicieron cambiar de parecer. En este libro uno se encuentra con un hincha que siempre observo por el espejo retrovisor ese brillante cuadro que en 1978 dio la vuelta olímpica. En cada capítulo nos encontramos con una conexión seductora, en que la entrevista –un género periodístico que jamás morirá– y el archivo delinean los recuerdos de un tabino que creció admirando la zurda de Rojitas.





Autor:

Roberto Álvarez Espinoza

Diseño & diagramación:

Guido L. Olave Reyes

ISBN:

978-956-402-067-9

Impresión:

Printmedios.cl

© 2020 Roberto Álvarez Espinoza .
Todos los Derechos Reservados

Palestino 78

Roberto Álvarez E.

Santiago, 25 de julio de 2020

"Estoy en los hombros de mi padre", así parten los recuerdos que dan origen a este libro. Es un partido de Copa Libertadores, mi primera vez en el Estadio Nacional alentando a nuestro equipo favorito, Palestino. Fue mi primer amor, al que volví luego de varias décadas. Mi madre dice que era tan fanático que aprendí a escribir con los nombres de esos jugadores. Pasé horas en la biblioteca de mi pueblo, El Tabo, leyendo las revistas Estadio y me reencontré con ellas este verano en el persa Bio-Bio y en la Biblioteca Nacional.

Luego de lanzar mi primer libro, "Al Fútbol se Juega como se Vive", y compartir con Oscar Fabbiani y Jorge Contreras, sentí que debía contar esta historia y me escapé 40 años atrás para tratar de encontrar sus razones y a sus protagonistas. Fue un viaje lindo, que al final no quería que terminara, pero también fue complicado. Partí escribiendo en un Chile, y un mundo, que creíamos estable y seguro, y terminé el primer borrador en plena cuarentena y luchando todos juntos para vencer la enfermedad de mi padre.

En este viaje al pasado no fui solo. Partimos con Coke y Koke en el Monumental, apoyando a Palestino en la Copa Libertadores del 2019. El primer copiloto fue Oscar Fabbiani, terrible goleador y entrañable persona. Sin ellos y sin su ayuda, este libro no habría sido posible. Sentaron las bases de las entrevistas y empezaron a multiplicar los contactos. Conseguir los números de teléfono no fue tarea fácil y varios amigos aportaron para lograr las entrevistas con jugadores y dirigentes.

Contacté a los protagonistas con algo de nerviosismo y en diversos lugares y modalidades escuché sus historias. La primera entrevista fue con el goleador Fabbiani en un restaurante de Quilicura, siendo testigo de su vigencia en el recuerdo de los hinchas. Hablé con mi ídolo de niño, Manuel Rojas, quien vive en Chicago y espero ir a visitarlo pronto. Desde México conversé con Edgardo Fuentes, el aprendiz del maestro. A Rodolfo Dubó lo fui a buscar a la LIF y

conversamos rodeados de canchas de fútbol. Lo triste es que ese día, por unos minutos, me perdí el gol de palomita de Guido Coppa. El campeón que no dio la vuelta y con quien almorcé en el barrio Lastarria.

Me tomé un café en el barrio Brasil con Gustavo Cortés, el padre futbolístico de muchas generaciones palestinistas y ayudante de Caupolicán Peña. Fuimos a La Calera con Oscar Fabbiani para encontrarnos con Mario Caneo y reconstruir los cimientos del campeón. Jorge Zelada me recibió en su hogar de Providencia. Con Marco Cornez y Coke Contreras disfrutamos una cena llena de anécdotas y recuerdos de sus años de juventud. Fui a las oficinas de Miguel Nasur y Ricardo Abumohor para escuchar la visión de los dirigentes.

Un día de enero nos fuimos con Koke y Pablo a Buenos Aires, recogimos a Ricky, y seguimos al balneario de Ostende para conversar con Ricardo Lazbal. Nivaldo Carrasco aportó con nuevos contactos, mientras disfrutamos un shawarma en pleno centro de la capital. Con Manuel Herrera hablamos por teléfono una nublada tarde de abril. Así lo hice también, mientras avanzaba el invierno y la pandemia, con Pedro Pinto desde El Monte, con Leo Zamora desde Talagante y Eddie Campodónico desde La Serena. Finalmente, un mediodía de junio conversé con Don Elías, quien con su estampa ganadora lideró el camino al título.

Con los pedacitos de una memoria cada vez más frágil, revisando revistas y diarios de esos años y algunos libros, armé la historia del campeón y sus protagonistas. Es mi historia de un campeonato maravilloso e irreplicable hasta ahora. Espero haber sido fiel a lo que verdaderamente fue y, sobre todo, espero haber reflejado adecuadamente lo que me contaron quienes generosamente me dieron su tiempo y escudriñaron en sus recuerdos.

Luego de relatar mi vínculo afectivo con este equipo, cómo se llegó al título, analizar el equipo campeón y describir la campaña de 1978,

el libro tiene capítulos centrados en los protagonistas. ¿Cómo los escogí? No lo hice, ni siquiera pensé que estructuraría el libro de esa manera. La idea nació luego de la primera entrevista a Oscar Fabbiani. Si el goleador tenía su capítulo propio, varios otros también tenían una historia que contar. Están los capítulos obvios, como el del profesor Caupolicán Peña y el de las grandes figuras, como Don Elías y Manuel Rojas. Están otros que, con su relato y su carisma, me convencieron que no podían quedarse afuera.

No es fácil ser campeón, mucho menos en un campeonato de 34 fechas. Palestino lo hizo hace más de 40 años. Estuvo cerca después en 1986 con tres protagonistas del título de 1978 que se repitieron: Cornez, Dubó y Fabbiani. La hazaña merecía ser contada, estaba la pelota picando, como cuando Manuel Rojas o Sergio Messen se la dejaban a Oscar Fabbiani, yo solo tuve que empujarla.

Este gol, el libro de Palestino 78, no lo hice solo. El fútbol es un deporte colectivo y sirve para hacer amigos. Los tengo muchos y muy buenos. Les agradezco la ayuda, el empuje y la generosidad a Jorge Jadue, Jorge Contreras y Oscar Fabbiani. Mis agradecimientos a todos los jugadores, técnicos y dirigentes que me dieron generosamente su tiempo.

Mis infinitas gracias a mi viejo lindo, quien me tuvo en hombros en el Nacional, y se devoró uno de los primeros borradores en las vacaciones familiares en Maitencillo, haciendo correcciones y dando comentarios. Su ejemplo de entereza y capacidad de lucha nos seguirá guiando siempre. Gracias a mi madre, padre, hermana y hermanos por el amor infinito, el apoyo y la alegría.

No puedo dejar de agradecer a todos los amigos futbolistas del Club Deportivo El Tabo, Guga's y Stadio Italiano, quienes me han apoyado y dado sus buenas vibras a través de las redes sociales y las tertulias via Zoom. Agradecimientos especiales a todos los amigos que leyeron las primeras versiones de los capítulos: Chama, Mauro, Boba, Xaby, Rodrigo Majluf, Danilo Díaz, Flaco Bascuñán y Rodrigo Uribe.

Agradezco también a Henry Abuawad y a José Sabat por su ayuda para las últimas entrevistas. A Alberto Gil que hizo los contactos para los derechos de las fotos.

Mil gracias a Ale por dejarme ser yo, con mis infinitas ideas y proyectos, y por aportar siempre con sabiduría y calma en todo lo que te pido. A Cami y Seba por escuchar y opinar. Donde estés, Chico Lalo, nuestro Fabbiani de El Tabo, amigo del alma que te fuiste, una pared y un abrazo de gol.

ÍNDICE

Prefacio	6
CAPÍTULO I Presente y Pasado	14
CAPÍTULO II El Sueño de ser Campeones	20
CAPÍTULO III El Camino hacia la Vuelta Olímpica	32
CAPÍTULO IV El Equipo Campeón	42
CAPÍTULO V La Campaña	52
CAPÍTULO VI Don Caupo	66
CAPÍTULO VII Don Elías	74
CAPÍTULO VIII El Chileno Fabbiani	82
CAPÍTULO IX "Keko" Messen	90
CAPÍTULO X Manolito Rojas	96
CAPÍTULO XI El Campeón que no dio la Vuelta	102
CAPÍTULO XII Leyenda	108
CAPÍTULO XIII El Jugador Número 12	114

CAPÍTULO XIV	
El Aprendiz	120
CAPÍTULO XV	
Hasta las Almas más Duras	126
CAPÍTULO XVI	
Centro de Lazbal y gol de Fabbiani	132
CAPÍTULO XVII	
El Abrelatas que Vino de El Monte	138
CAPÍTULO XVIII	
Gustavo Cortés	144
CAPÍTULO XIX	
Los Dueños de las Bandas: Campodónico y Varas	152

Capítulo I

PRESENTE Y PASADO



La noche parte poco alentadora. Jorquera cae al piso y hace el gesto típico para indicar que no puede seguir. Era su partido. Suspendido el Mago Jiménez, Cristóbal Jorquera estaba llamado a liderar el triunfo contra Alianza Lima, en la primera fase de las Copa Libertadores del 2019. Vemos calentar a Diego Rosende y nos miramos con mis amigos, "Koke" y "Coke", y creo que nos preguntamos lo mismo: ¿Qué hará el D.T. Basay? ¿Quién será el reemplazante de Jorquera?

Miro hacia la banca y me cuesta reconocer a los suplentes de este Palestino versión 2019. Me concentro ahora en los once jugadores que están en la cancha y es difícil establecer similitudes con las figuras del Palestino de mi niñez. Vuelvo otra vez mi mirada hacia la cancha del Monumental y no veo la zurda prodigiosa de Manuel Rojas. El 9 gigantón, que aguanta y se las arregla para poner nerviosos a los defensores peruanos, no es ni la sombra del temible Oscar Fabbiani. Solo tienen en común que ambos nacieron en Argentina. Los centrales son fieros en la marca, pero están muy lejos de ser calificados de Don. Ninguno es un insigne aprendiz como lo fue Edgardo Fuentes. Los volantes corren y meten, pero no son los dueños de la mitad de cancha como lo era Rodolfo Dubó. Tampoco veo a alguno con el talento y la furia del inolvidable Sergio Messen.

No puedo dejar de entrar al túnel del tiempo y a los recuerdos, en cosa de segundos vuelvo a sentir las emociones de niño. Me voy del Monumental y viajo exactamente 40 años atrás. Recuerdo que estoy en los hombros de mi padre en el Estadio Nacional de Chile. En esa cancha, que me parece gigante, veo a un equipo tricolor que lucha contra unos rivales que mi memoria ha olvidado. Es un sueño, estamos en el coloso de Ñuñoa viendo al mejor equipo del mundo. Ahí está, defendiendo a Palestino, el más grande central de la historia, el de gol iluminado, un gigante que hizo del área su casa. Ahí está Oscar Fabbiani, tres veces goleador del campeonato nacional. También está Manuel Rojas, con su zurda maradoniana y su melena azabache. Están todos mis ídolos de la infancia, esos que emocionaron a toda una colonia y deleitaron a los amantes del fútbol bien jugado.



El equipo titular campeón en 1978 lo recito de memoria desde que era un niño: Manuel Araya, Mario Varas, Elías Figueroa, Edgardo Fuentes y Eddie Campodónico. Rodolfo Dubó, Manuel Rojas y Sergio Messen. Arriba, Ricardo Lazbal, Oscar Fabbiani y Pedro Pinto. Como un obsesionado por la pelotita escribía mis tareas de

caligrafía con esos nombres. También recuerdo ahora que me peleaba cada lunes el suplemento deportivo con mi viejo y mis hermanos para revisar los resultados y la formación de los equipos. Podían faltar varias cosas en casa, pero no el periódico del lunes. Menos cuando quería leer los pormenores de los partidos de mi equipo, que seguía invicto y se encaminaba a ser campeón.

Lo recuerdo y comienzo a dimensionar lo que ese equipo logró. Ser campeón era, y lo sigue siendo, muy difícil para un equipo que no es de los grandes, sobre todo en torneos largos de 34 fechas como los de antes. Fue impresionante lo que consiguió ese plantel al mando de Caupolicán Peña. Estuvo cuarenta y cuatro partidos invicto. Ganó las Copa Chile de 1975 y 1977. Fue vice-campeón el año 1977 y campeón el año 1978, vapuleando 3-1 a Colo-Colo en la última fecha. Y no a cualquier Colo-Colo, era el de Caszely, de "Chamaco" Valdés y de Mané Ponce. A ese Colo-Colo, el sábado 25 de noviembre, le hicieron tres goles para dar la vuelta olímpica. Ganaron mercedamente con un zurdazo terrible de Rojas, un cabezazo demoledor de Don Elías y un autogol de Pacheco, luego de un desborde de Manolo. No era algo raro ganarles a los grandes en esos años de gloria, también habían vencido 2-0 al Cacique en la primera rueda, con goles de Fabbiani y Rojas.

Veo ese partido final en YouTube y el triunfo de la máquina tricolor es inapelable. Me deleito con Dubó guapeando y robando todos los balones. Miro a Don Elías anulando los esfuerzos de los delanteros albos y saliendo al ataque con esa gallardía tan característica de él.

Disfruto nuevamente del talento de Rojas y sus sociedades con "Keko" y Fabbiani. Me impresiona el pique demoledor de Lazbal y el esfuerzo de todos para que "Popeye" alcance el récord de Luis Hernán Álvarez. Sorprendentemente, eran tan buenos que no necesitaron de sus goles para ganar ese partido vital y ser campeones.

Estaban muy seguros del triunfo y convencidos que el título no se podía escapar. Escucho a "Keko" Messen antes del partido, entrevistado por Pedro Carcuro para Canal 7 y es como si fuera a hacer un trámite. Una tranquilidad que no se condice con lo que se jugaba. Sigue igual de tranquilo una vez que el partido termina y mientras los demás ríen, cantan y lloran, él declara a la revista Estadio: "Estaba tan convencido de que seríamos campeones que lo tomé con mucha calma. Este es sólo el premio para un buen equipo, que complementó fútbol con amistad". ¿Era "Keko" siempre así? ¿Compartían todos esa tranquilidad y esa seguridad? Me pongo a pensar en el equipo, en ese partido final, en la campaña, y comienzan a aparecer las preguntas. Necesito indagar en el origen de la victoria. Quiero volver el tiempo atrás y conocer a quienes la protagonizaron.

El resultado de esa Copa Libertadores del 2019 importa poco, ya volé hacia la niñez y no quiero regresar. No puedo. Tomo el teléfono, invento una excusa innecesaria para llamar a mi viejo. Finalmente, le pregunto directamente: ¿Con quién jugó Palestino cuando me llevaste al Nacional en esa Copa Libertadores del 79?. Demora sólo un par de segundos. "Fue con Guarani, un equipo brasileño", me responde mi viejo, quien puede olvidar nuestros cumpleaños y su aniversario de matrimonio, pero no un partido de fútbol.

La memoria ya débil de sus casi ochenta y de mis casi cincuenta años no están para mayores detalles. ¿Resultado final? ¿Goles? ¿Tapadas del Loco Araya? Esos pormenores están perdidos, producto del implacable paso de los años, pero no así el recuerdo que vivimos algo memorable juntos. Ese partido, lo sé hoy luego de hurgar en la web, fue el 1 de mayo de 1979. Recuerdo que, a pesar de los gritos y la desesperación final, no pudimos superar a Guarani. Era el partido

inicial de la segunda fase de la Copa Libertadores, un magro empate 0-0, que pavimentó el camino a la eliminación y a no pasar a la ansiada final. Luego de ese empate, seguimos la Libertadores desde lejos. Olimpia del Paraguay, con buenos jugadores y algo más, jugó la final con Boca Juniors y nos dejó con la sensación que había equipo para haber disputado el trofeo con el equipo de la franja amarilla

Ese equipo inolvidable me hizo ser uno de los pocos niños que iba a la biblioteca municipal de El Tabo a leer todas las revistas de fútbol que encontraba y mirar las fotos de mis ídolos. Volví a sentir lo mismo cuando una soleada tarde de enero compré varias revistas Estadio en el Persa Biobío y cuando me sumergí horas de mis vacaciones en la Biblioteca Nacional para reconstruir esta historia y sus protagonistas. Vuelvo a esos años en El Tabo y recuerdo cuán orgulloso me sentía ante mis compañeros de escuela, ante mis tíos y los amigos de mi padre. Yo era distinto. A diferencia de todos en mi pueblo, a mí y a mi viejo, nos gustaba Palestino y, más encima, éramos invencibles. ¿Qué más podía pedir a mis 8 años?

Capítulo II

EL SUEÑO DE SER CAMPEONES



Para los grandes, ser campeón es una obligación. En cambio, para el resto es un sueño. Casi una hazaña. Ocurre también en las copas del mundo, sólo un puñado de países ha logrado subirse al Olimpo, a la cima que cada cuatro años seduce a un número cada vez más grande de participantes y desilusiona históricamente a la mayoría. En los 21 campeonatos del mundo organizados por la FIFA, el cetro se reparte entre 8 países, los que provienen de sólo de 2 continentes: Europa y América Latina. ¿Para qué hablar de los países pobres? En general, el éxito deportivo, no sólo el futbolístico, parece ser exclusividad de los países ricos.

Los sucesos improbables, como el Palestino campeón en 1978, pueden ser una coincidencia y fruto del azar, pero la mayor parte del tiempo provienen del trabajo bien hecho, de la planificación, de la búsqueda de recursos y de los dirigentes serios. No hay una única causa, el éxito es complejo. También lo es la derrota y el fracaso. Los factores tienden a ser variados y no siempre los mismos. Además, es complicado establecer la contribución de cada uno de ellos.

¿A qué se debió que Palestino estuviera 44 fechas invicto, ganara dos veces la Copa Chile, se quedara con el Campeonato Nacional de 1978 y compitiera tenazmente en la Copa Libertadores de América, llegando a semifinales en 1979? ¿Cuáles fueron las causas fundamentales de su éxito? Una respuesta obvia es que se trataba de un gran equipo y que contaba con un gran entrenador, pero eso sólo hace surgir nuevas interrogantes: ¿Cómo se formó el equipo? ¿Desde cuándo? ¿Quién o quiénes tuvieron la idea? ¿Tenían un objetivo en mente?

Para responder estas preguntas, pasado ya más de 40 años, se requiere indagar en la memoria de los protagonistas y también en las fuentes de la época. Con pedacitos de recuerdos, la conversación entretenida y emotiva con mis ídolos de la niñez, la ayuda de muchos amigos, una gran dosis de perseverancia y, sobre todo, metiéndole muchas ganas, fui armando el puzle y dándole respuestas a algunas de las interrogantes.

Esta investigación entretenida, muy lejana a la de mis trabajos académicos en economía, me reafirmó algo que he aprendido a lo largo de estas ya cinco décadas de existencia: como en la vida, el éxito en el fútbol tiene pocos secretos. Las dosis de los dos elementos claves, transpiración e inspiración, son variadas. No obstante, la evidencia indica que ambas son



importantes. El talento es fundamental en el fútbol, pero no se puede ganar un título sólo con ello. Se necesita transpirar bastante, incluso cuando se juega con equipos débiles. El esfuerzo sudoroso es requisito necesario, pero no suficiente. Correr y meter no garantiza el triunfo. Si no hay una dosis de talento para un pase bien hecho, una pared bien urdida y una definición impensada, ganar se hace improbable.

Después de sumergirme en la historia y conversar con varios de los protagonistas, creo que este Palestino histórico fue el resultado de la conjunción de tres elementos fundamentales. Primero, soñar que se podía y no era una simple quimera. Luego, hubo que esforzarse por cumplir el sueño. Tercero, se requieren los elementos de calidad que trabajen armónicamente en un objetivo común.

El primer elemento, a mi juicio el más importante, fue el sueño de algunos que podían ser campeones. No sólo en el fútbol, sino en cada actividad que hacemos, creo que soñar que se puede es la base para lograr las metas. El presidente Enrique Atal y los demás dirigentes soñaron con ver a su Palestino campeón. Esa era la meta, no se quisieron conformar con menos. Atal era un empresario del rubro automotriz y fundador del club de fútbol, quien asumió la presidencia en 1970 a petición de la directiva de la entidad matriz, el Club Palestino. Soñaba con verlo campeón, pero inició su presidencia con una pesadilla, descendiendo a segunda división ese año. No desfalleció en el intento y persistió, logrando subir a primera división en 1972.

En aras del objetivo de ser campeones y con la meta ambiciosa de "ser conocidos en todos los continentes e invitados por sus méritos y prestigio a actuar en el extranjero", como Atal lo señala en la revista institucional luego de ganar la Copa Chile en 1975, Palestino comenzó a invertir fuerte y remeció el mercado en varias oportunidades. Llegaron refuerzos importantes con la idea de hacer realidad ese sueño. No escatimaron recursos para traer a figuras como Keko Messen y Don Elías, ni para repatriar a otros como Carlos Valenzuela, Roberto Hodge, Manuel Rojas y Pedro Pinto, ni para contratar a Enrique Vidallé, quien luego de su paso por el equipo baisano, terminó algunos años después ganando la Copa Libertadores con Argentinos Juniors.

La ironía de esta historia es que Enrique Atal sembró las semillas del éxito, pero no las pudo cosechar como presidente. Para él, sin embargo, el título no era un sueño sin fundamentos. Luego de obtener el campeonato en 1978, entrevistado por Foto Sport respondía a la pregunta sobre qué pensaba del título obtenido, diciendo: "Bueno, que no éramos soñadores. Este título es producto de un proceso y de un trabajo".

Enrique Atal ejerció la presidencia entre 1970 y 1977, llevando al equipo desde segunda división a pelear el título con los denominados grandes y con otros equipos que se habían hecho muy competitivos



en esos años. No pudo dar la vuelta olímpica. Se fue antes, abrumado por los problemas financieros que enfrentaba el club. Asumió Miguel Nasur por un breve período, 1977-1978, para luego dejar el cargo y dar paso por el lapso 1979-1981 a Ricardo Abumohor. En esos años no existían los millonarios contratos con la TV, ni la publicidad en las camisetas. Los equipos sobrevivían con las recaudaciones, el aporte de sus dirigentes e hinchas y además utilizando su ingenio. Desde 1976, se contó con los recursos de la Polla Gol, lo que sin dudas explica el derroche de recursos que se hizo hasta fines de la década en la mayoría de los equipos.

Las fuertes inversiones que hizo Palestino en esos años contaron principalmente con el financiamiento de familias comprometidas con el Club y de dirigentes que arriesgaban su patrimonio personal. "Eran otros tiempos. Todo era más romántico", me cuenta Ricardo Abumohor. Miguel Nasur me señala los esfuerzos que tuvieron que hacer para enfrentar una difícil situación financiera: "Cuando asumí, llamé como a 60 dirigentes e ideamos unas fiestas en que cada uno tenía que aportar comprando 15 entradas. Se llenaba el Estadio Palestino, más aún con la buena campaña del equipo y recaudábamos hasta unos 40 mil dólares". Nasur, orgulloso y melancólico de esos años de amistad, unión y compañerismo, recuerda no sólo a dirigentes y jugadores, también a los hinchas, que formaron la bandita. "El jefe de la banda llegó a ser alcalde de Villa Alemana", me dice con orgullo.

El segundo elemento no es ningún secreto. Para triunfar, se necesita trabajar fuerte, estratégica y consistentemente en la dirección del sueño. Eso es lo que refleja la frase de Enrique Atal en la citada entrevista en Foto Sport: "Soñar no cuesta nada". Lo que cuesta es esforzarse por cumplir ese sueño y hacer lo que se requiere para lograrlo. Palestino lo hizo, principalmente, con la llegada de Don Elías. De acuerdo a varias crónicas de la época, el viaje de Atal a Porto Alegre, para conseguir la participación de Figueroa en las eliminatorias para el mundial de 1978, permitió que se conjugaran los deseos de volver a Chile de la familia Figueroa-Küpfer con la

necesidad de reforzar al equipo con una figura estelar. En su retorno, Elías agradeció los esfuerzos de Palestino por traerlo de vuelta a su tierra luego de tantos años, y en especial al presidente Atal. Revista Estadio registraba: "Dentro de la felicidad que me produce el retorno, no puede dejar de agradecer una vez más la gestión de Palestino y en particular de Enrique Atal, que hicieron posible mi regreso".

Las gestiones del directivo fueron muy importantes para conseguir el regreso de varias otras figuras del equipo campeón. En un viaje a México para concretar el retorno de Manuel Rojas desde el América, donde jugaba muy poco, contactó también a Pedro Pinto y selló su vuelta al equipo. Rojas, entrevistado por Estadio, señalaba que su regreso desde México se debió a que "Enrique Atal me contó sus planes. Y yo me entusiasmé con la posibilidad de integrar el gran equipo que se estaba gestando".

Los recursos totales que demandó la llegada del mejor jugador de América y de los demás refuerzos son desconocidos. No obstante, los problemas financieros y la deuda que se fue acumulando indican que fueron bastante cuantiosos. De acuerdo a Estadio, cuando asumió como presidente Miguel Nasur, se estimó que el monto de la deuda era de un millón quinientos mil dólares. Para afrontar los pagos más urgentes, los dirigentes e hinchas de la colonia árabe reunieron la suma de trescientos mil dólares. Miguel Nasur expresaba en Foto Sport: "Para superar esta crisis, la directiva que presido hizo un esfuerzo extraordinario, pero sin la ayuda de la colonia y en particular, del presidente del Club Palestino, don Carlos Abumohor, y su directorio, no hubiésemos podido alcanzar los resultados señalados", haciendo mención a que a mediados de 1978 ya se había normalizado la situación económica y administrativa. En particular, la deuda que se tenía con clubes y jugadores.

No sólo hubo incorporaciones de jugadores de renombre para concretar el sueño. Se había contratado a Caupolicán Peña y se le mantuvo durante varios años. Incluso, para remplazarlo cuando se fue a la selección, se trajo a Fernando Riera, quien era un técnico de

reconocimiento internacional y había conseguido el tercer lugar en el mundial de 1962 con la selección chilena. En una entrevista, luego de salir campeones, le preguntaban a Enrique Atal si no era una chifladura lo que se había hecho en el camino a lograr la segunda estrella en su historia. El dirigente señalaba: "Lo que antes era una locura, ahora el tiempo se ha encargado de justificarlo". Respecto a la contratación de Figueroa indicaba: "Lo volvería a contratar si se repitiera la ocasión. Figueroa vale un campeonato y varios más".

El tercer elemento indispensable en el campeonato fue la calidad de las personas, el tan mencionado y manoseado concepto de "buen grupo humano". Para ganar un campeonato y estar tantas fechas sin perder, no basta con tener grandes futbolistas, que este Palestino y varios equipos los tenían en esa época por montones. También se requiere buenas personas y este equipo las tuvo para concretar un sueño común. Había lealtad, confianza, unión e incluso amistad. Las duplas que mantienen los lazos y que han perdurado al paso de los años son varias, por ejemplo, Fabbiani y el "Flaco" Fuentes, Rodolfo Dubó y Jorge Zelada, Manolito Rojas y su cuñado Guido Coppa.

Lo más importante, me lo mencionaron varios, es que no había espacio para las metas personales, ni para el egoísmo. Las figuras, como Elías, Fabbiani y Messen, no eran grandes sólo dentro de la cancha, lo eran fuera de ella también. De los más jóvenes sólo hay palabras de agradecimientos para ellos. Eddie Campodónico, quien llegó a Palestino el año 1976, declaraba a Foto Sport que sus mejores amigos en el equipo campeón eran los ya consagrados Elías Figueroa y Sergio Messen. En la misma revista, al inicio del año 1978, Dubó decía acerca del grupo: "No hay envidia ni celo profesional y hay mucha calidad y fútbol". Y reafirmaba este punto señalando: "Ya conocemos el modo de actuar de cada uno, por eso usted ve que jamás nos recriminamos en la cancha, nunca un gesto de desaprobación, de malhumor".

CARLOS VALENZUELA Y EL COMPAÑERISMO

Un factor fundamental en el título fue la calidad de personas que conformaban el plantel. Fabbiani, en entrevista con Estadio luego de obtener el título, confirmaba lo expresado por varios de sus compañeros y destacaba al defensa Carlos Valenzuela en particular: "En este equipo no hay mentiras, envidias, ni rencores. Yo siempre pongo un ejemplo para graficarlo: Carlos Valenzuela. Casi nunca jugó, pero fue el que más gritó, alentó y apoyó al resto. El no tuvo problemas para sacarles el barro a los zapatos de un compañero".

Carlos Valenzuela llegó en 1976 de vuelta a Palestino, luego de partir a México en 1972, siendo uno de los precursores de los futbolistas nacionales que emigraron al país azteca. En el campeonato de 1978 jugó sólo 7 partidos. El surgimiento del juvenil Edgardo Fuentes lo relegó al banco, pero siguió apoyando al equipo y a Fuentes en especial. El defensor murió en agosto del 2016, a causa de un cáncer.

Era tanto el amor al equipo y los lazos que formaron que varios se casaron en la secretaría del club, una casona ubicada en Santo Domingo 673. Los nombres han quedado en el olvido, pero no el recuerdo de una época distinta, más romántica y donde la vida de todos giraba en torno al club y al sueño de la vuelta olímpica. Entrenaban en la mañana, almorzaban en la sede de Santo Domingo y luego venían charlas de Don Caupo en la tarde. "Las charlas eran muy buenas, pero muy largas", me confesó alguno por ahí.

Los más jóvenes de esos años, como Cornez, Fuentes, Lazbal y "Coke" Contreras, hablan con admiración y respeto de los más experimentados. Son agradecidos de las enseñanzas que recibieron dentro y fuera de la cancha. "Coke" Contreras llegó a Palestino en 1978 y pasó al primer equipo en 1979. Recuerda: "Messen fue mi padrino futbolístico. Me vio condiciones y me instó a probarme

en Palestino. No dije que iba de parte de él, pero siempre estaba ahí para ayudarnos a los más jóvenes". Los lazos de amistad y cariño se mantienen. "Coke" y Fabbiani, a pesar de la diferencia de edad, parecen dos compañeros de curso. Se tratan con respeto y admiración mutua. El goleador de Las Palmas, que jugaba de 9 y terminó como unos de los mejores volantes creativos de los años 90's, no escatima en agradecimientos por cómo era con ellos el tri-goleador Fabbiani.

Fui testigo del abrazo fraterno y el cariño mutuo entre Mario Caneo y Oscar Fabbiani, en el restaurante "La Taberna del Hinchá" en La Calera, y reafirmé que había una mística especial en ese equipo. Los dos llegaron a Palestino el año 1974 y estuvieron juntos hasta 1976, cuando Mario dejó el equipo tricolor. "¿Te acuerdas Loquito?", pregunta Caneo recurrentemente y ambos vuelven hacia esos lejanos años de fútbol, amistad y diversión. La tarde se llena de anécdotas



y recuerdos. La gira a Europa y la Copa Chile de 1975 son episodios que los hermanos y fueron la antesala de un campeonato forjado en el compañerismo y el trabajo duro. Ambos concuerdan que fueron años en que lo pasaron muy bien, pero no escabullían las responsabilidades: "Nos gustaba salir, pero al otro día todos trabajábamos más duro".

La competencia por ser titular era ardua. Nadie quería salir, pero la disputa por el puesto era sana y leal. No podía ser de otra forma. Los más jóvenes sabían y entendían la autoridad del profesor Peña y tenían un gran respeto por los más grandes. Además, los experimentados predicaban con el ejemplo. Uno de ellos cuenta que "salía y lo hacía hartó. Hasta me tomaba unos tragos", pero confiesa sus límites. "Siempre después de un partido. Si era antes de uno, a lo más el jueves". Otro confiesa que una primadonna del mítico

Bim Bam Bum se enamoró de él, y hasta tuvo un romance con una conocida cantante de la época, la que incluso se hizo socia del club. Recuerda con nostalgia que se salvó que todo se hiciera conocido porque no había tanta prensa farandulera y, además, se cuidaban de exponerse en público.

Otro jugador rememora la vez que su compañero lo invitó a ir a Viña del Mar, un sábado luego de un partido, a disfrutar de la compañía de unas admiradoras. En plena época de toque de queda lo pasaron tan bien que volvieron un lunes a Santiago, casi directo al entrenamiento. "Para mí no era problema, yo era soltero", me dice sonriente, "pero mi compañero de aventura, que era casado, no sé si fue tan bien



recibido en la casa luego de desaparecer un fin de semana".

El ejemplo de los más experimentados se daba también en la seriedad y responsabilidad con que tomaban los entrenamientos. Es sabido que la mayoría de las figuras tienen ciertos privilegios y regalías. Un caso emblemático en esos años era el del "Loco" Houseman en Huracán, quien fue campeón del mundo en 1978 y tuvo un fugaz paso por Colo-Colo. Era tan desequilibrante, que entrenaba y jugaba cuando quería, o cuando podía, en su caso. En Palestino 78, en cambio, los más jóvenes de entonces recuerdan lo motivador que era ver, por ejemplo, a Elías quedarse luego del entrenamiento a seguir practicando cabezazos. Varios, como Dubó

y Figueroa entrenaban igual el día después de los partidos. "Yo no", me confesó Fabbiani, "quedaba muerto y necesitaba descansar al otro día".

En un documental de River Plate, titulado "River, el más Grande Siempre", Pablo Aimar ejemplifica lo que son los referentes de verdad. Dice del uruguayo Enzo Francescoli, ídolo del equipo millonario: "Me impresionó la calidad humana, la calidez, la humildad". Remata, resumiendo lo que muchos han dicho también de Don Elías: "Y como alguien, con solo siendo, enseña... ..y sin palabras". El ejemplo de este tipo de grandes jugadores, lo ilustra señalando: "Uno no podía llegar al vestuario y Francescoli te daba un mate, ¿qué? ¿te vas a agrandar vos?". No parece haber muchas dudas en esto, el camino al éxito necesita grandes jugadores, pero requiere mejores personas.

Capítulo III

EL CAMINO HACIA LA VUELTA OLÍMPICA





El largo y difícil camino al campeonato partió en 1974, cuando asumió como Director Técnico, Caupolicán Peña. De acuerdo a Edgardo Marín, en su libro "La Historia de los Campeones", hubo una comunión de intereses entre el club y el técnico, indicando que "Palestino eligió a Peña y Peña eligió a Palestino". Cita una entrevista donde el técnico expresaba: "Yo le tenía echado el ojo al club antes de que me llamaran".

El año del arribo de Don Caupo, ya se vieron los primeros resultados de su trabajo. Palestino quedó segundo, a sólo dos puntos del campeón Huachipato, dirigido por Pedro Morales. Fue el año de la llegada al club de Pedro Pinto y Sergio Messen, entre varios otros refuerzos, y la consolidación de los jóvenes de la cantera como Manuel Rojas y Guido Coppa. Hacia finales de esa temporada contrataron a Oscar Fabbiani, quien había sido goleador de la Copa Chile jugando por Unión San Felipe, y quien debutó con un gol en la primera fecha del torneo en el triunfo 4-2 a Wanderers en el estadio de Playa Ancha, un día 1 de septiembre.



Como antesala del récord histórico, ese año se completaron 36 fechas invictos en partidos oficiales. De las 34 fechas del campeonato nacional, sólo fue derrotado en 3 encuentros. La finalización del año, sin embargo, no fue la mejor. No se clasificó a la Copa Libertadores en la liguilla que los enfrentó con Wanderers, Unión Española y Colo-Colo.

En el año 1975 retrocedieron al quinto lugar en el campeonato nacional, bastante lejos de Unión Española, dirigido por Luis Santibáñez. Esa temporada, Palestino ganó su primera Copa Chile con un rotundo 4-0 a Lota Schwager en la final, con goles de Messen, Hidalgo, Fabbiani y Pinto. En la definición del torneo, el elenco árabe formó de la siguiente manera: Araya; Araneda, Caneo, Pecoraro y Varas; Coppa, Ramírez y Messen; Hidalgo, Fabbiani (Dubó) y Pinto.



Ese año también ganaron la liguilla, superando a los cuadros sureños de Deportes Concepción, Green-Cross y Huachipato, lo que les dio derecho a participar en la Copa Libertadores de 1976. A la llegada de Rodolfo Dubó desde Deportes Ovalle, se sumó el debut de Edgardo Fuentes, quien jugó tres partidos en ese campeonato. El goleador fue el "Beto" Hidalgo, quien marcó 27 goles entre campeonato, liguilla y Copa Chile.

El año 1975, se realizaron dos recordadas giras internacionales. La primera en julio, a Colombia, donde se enfrentaron a Millonarios, Deportivo Pereira, Atlético Bucaramanga e Independiente de Medellín, con saldo de dos empates, un triunfo y una derrota. En agosto viajaron a España, donde en poco más de 20 días enfrentaron a equipos de la madre patria y finalizaron con un encuentro con el Oporto de Portugal. "Imaginate lo que fue esa gira. Si la mayoría nunca había estado en Europa", recuerdan al unisono Mario Caneo y Oscar Fabbiani.

Respecto a la gira, "Pancho" Fairlie, en revista Estadio, señalaba: "Nuestro objetivo era jugar bien, dejar una impresión grata". Para el arquero, el mejor partido fue con Oviedo, al que derrotaron por 3 a 0. Decía a la revista, "Nunca me voy a olvidar el baile que les dimos". Caneo por su parte, que "se equivocó e hizo un gol" según recuerda

Fabbiani, luce orgulloso la medalla que recibieron como campeones del torneo Bahía de Algeciras, luego de ganar 4-1 en la final al Racing de Ferrol.



En 1976 se repitió el quinto lugar en el campeonato nacional, algo un poco frustrante para un equipo que ya se ilusionaba con el título, o más bien se iba transformando en una obligación.

Quedó a 11 puntos de Everton, que venció a Unión Española en una definición que necesitó dos partidos. De quienes fueron campeones en 1978, ese año llegaron Eddie Campodónico, Leonardo Zamora y Jorge Zelada. En el libro "Más que un Equipo, Todo un Pueblo", se consigna una declaración de Campodónico que refleja en lo que se había transformado el equipo de colonia en esos años. Decía: "Es como llegar a la selección". En la temporada 1976 empezó el récord goleador de Oscar Fabbiani, quien hizo 23 goles en el campeonato oficial. El equipo también contó con la no despreciable producción de Alberto Hidalgo, quien marcó 20 tantos.

El año 1976 Palestino inició su participación en la Copa Libertadores como parte del grupo 5, con Unión Española y los uruguayos Nacional y Peñarol. El torneo partió con una derrota 0-1 con Unión, pero luego de local logró dos triunfos contra los uruguayos: 2-1 a Nacional y 1-0 a Peñarol. En la revancha perdió de nuevo con los hispanos por idéntico marcador, rematando con una derrota 1-2 frente a Peñarol y un empate 1-1 con Nacional. En esta Copa, los cinco goles de Palestino fueron marcados por un solo jugador. No es difícil adivinar su nombre: Oscar Fabbiani.

La temporada 1976 terminó con la frustración de no obtener el paso a la Copa Libertadores. Una derrota 2-4 con Universidad de Chile y sendos triunfos 3-2 a Unión y 3-1 a Colo-Colo determinaron que se jugara un partido de definición con la U. Como resultado de un empate 2-2, el equipo universitario clasificó por mejor diferencia de goles. Los

goles fueron marcados por Zamora y Messen. El técnico en la liguilla fue Gustavo Cortés, quien reemplazó a Caupolicán Peña, al asumir éste el seleccionado nacional que se preparaba para las eliminatorias de Argentina 1978.



En 1977, Palestino hizo sus esfuerzos mayores con la contratación de Elías Figueroa y de Fernando Riera en la banca, más la repatriación de Manuel Rojas, Pedro Pinto y Roberto Hodge. En el campeonato oficial, el elenco árabe quedó tercero a solo 4 puntos de Unión Española, pero ganó nuevamente la Copa Chile y la Liguilla Pre-Libertadores. La final de la Copa Chile fue con Unión Española. El equipo, dirigido por Fernando Riera, formó con: Vidallé; Herrera, Figueroa, Fuentes y Varas; Zelada (Rojas), Dubó y Messen; Hidalgo, Fabbiani y Pinto (Zamora).

La final de la Copa Chile fue un encuentro memorable. Empataron 3-3 en el partido y se definió en el alargue. A 10 minutos del final, Jorge Peredo con un golazo había puesto el 3-2 en favor de los hispanos. Cuando el partido terminaba, Fabbiani recibió un pivoteo en el área y de cabeza forzó el alargue. El gol del triunfo, para su primer campeonato en Chile, fue obra de Don Elías, quien con creces comenzaba a rentabilizar la inversión que se había hecho. El zaguero cumplía una vez más con su costumbre de marcar en las finales.

En la liguilla para la Copa Libertadores terminaron invictos, superando a Universidad de Chile por 1-0, a Colo-Colo por 2-1 y empatando 2-2

con Evertón. El goleador Fabbiani aportó con dos tantos y los restantes fueron obra de Pinto, Dubó y Rojas. Palestino ya no era la Cenicienta incipiente del fútbol chileno, eliminaba a los dos grandes y a uno de los recientes campeones. Era una gran satisfacción para el Club, pero implicaba una responsabilidad. En 1978 representaría a Chile en la Copa Libertadores, pero no había muchos recursos para reforzarse.

En el campeonato de 1977, "Popeye" convirtió 34 goles y le siguieron Sergio Messen y Pedro Pinto con 9 y 7 conquistas, respectivamente. A mitad de temporada Enrique Vidallé dejó el equipo, no en muy buenos términos y se marchó a Gimnasia y Esgrima de La Plata. "Quique" Vidallé era un arquero y una de las fuertes inversiones que se había hecho para lograr un campeonato.

Ese año Fernando Riera había partido en la banca, pero renunció y fue reemplazado por Gustavo Cortés en un partido de la sexta fecha. Luego, se produjo el retorno de Caupolicán Peña, quien luego de un breve auto-exilio en su natal Carahue, después del fracaso en las eliminatorias con la selección, se decidió a ir por el título con un equipo que había sido formado totalmente por él. La salida de Riera obedecía a causas organizativas y económicas, como la ausencia de un estadio fijo donde entrenar y falta de recursos para el trabajo óptimo de un plantel profesional. En el libro "Más que un Equipo. Todo un Pueblo", se relata la versión del Presidente Nasur, quien explica la partida de Riera señalando: "No se trata de que el sueldo del técnico motive la salida, sino que todo su plan de trabajo es imposible de cumplir financieramente por parte de Palestino".

A su vuelta, Caupolicán Peña sufrió problemas similares y su renuncia estuvo, en más de una ocasión, en manos de los dirigentes. La más comentada fue aquella cuando se levantó enfermo a exigir que Gustavo Cortés acompañara al plantel a Brasil, el que ya estaba eliminado de la Libertadores de 1978. Entre los problemas que enfrentaba destacaban la falta de un lugar estable para entrenar, la escasez de implementos complementarios para el entrenamiento, las malas condiciones para el trabajo de las divisiones inferiores y las situaciones contractuales de



algunos jugadores. De acuerdo a revista Estadio, una reunión entre el cuerpo técnico y el presidente Nasur permitió zanjar la difícil situación: "La seguridad que les dio el presidente de que todos los problemas denunciados encontrarían solución en un breve plazo, más la cuota de cariño adquirida hacia el plantel, provocó el inesperado vuelco en las actitudes de los técnicos", declaraba el presidente Miguel Nasur.

El camino al título requirió de contrataciones que potenciaran el equipo, pero no sólo Palestino invirtió fuerte en esos años para luchar por el campeonato. En 1977, la U trajo de vuelta a Alberto Quintano y Eduardo Peralta, ambos desde México. Unión Española hizo lo mismo con Pancho Las Heras. Colo-Colo pagó la cifra récord de 120 mil dólares por un pase entre clubes chilenos para quedarse con Héctor Pinto. Todos se reforzaban bien y el campeonato era altamente competitivo. La revista Estadio titulaba en enero de 1977, "Contrataciones Millonarias. El Edén Estaba en Chile" con la portada retratando a Figueroa, Quintano y Pinto, los grandes precios de esos años.

El equipo de colonia compitió frente a grandes planteles, no sólo contra las potencias tradicionales como Colo-Colo y las Universidades. Fueron años en los que equipos como Unión Española, O'Higgins, Cobreloa y Everton contaban con plantillas altamente competitivas. En 1978, el equipo viñamarino tenía en sus filas a los consagrados

Sergio Ahumada y Alfonso Lara, manteniendo al "Maestrito" Salinas y a "Chicomito" Martínez de la columna vertebral del campeón de 1976. Para el torneo de 1978, Cobreloa, recién ascendido, trajo a Mario Soto desde Palmeiras, al arquero tri-mundialista uruguayo Ladislao Mazurkiewicz y al puntero izquierdo José Luis Ceballos, quien había sido figura en el Everton campeón. Por otra parte, O'Higgins contrató al técnico campeón con Unión Española, Luis Santibáñez, y armó un gran equipo con René Valenzuela, René Serrano, Eduardo Bonvallet, Guido Coppa, Miguel Neira y el "Pelusa" Pizarro. Colo-Colo no podía ser menos y para la última parte del campeonato de ese año trajo a Carlos Humberto Caszely, quien había demostrado toda su calidad en el Levante y el Español durante casi cinco años en la madre patria.



Había tanto entusiasmo con el denominado "Fútbol Empresa" en esos años que José Luis Simián, presidente de Colo-Colo, declaraba públicamente que el técnico para la temporada 1977 saldría entre Ferenc Puskas y Alfredo Distéfano, dos impresionantes figuras del fútbol mundial. Finalmente, llegó Puskas, pero no alcanzó a terminar el año como entrenador del Cacique. Todos estos esfuerzos millonarios, la mayoría irracionalmente exuberantes, hacían que los torneos fueran de alta calidad y muy competitivos. Ello realza aún más el campeonato obtenido por Palestino y las largas fechas que fue invencible.

Capítulo IV

EL EQUIPO CAMPEÓN



El equipo de Palestino en 1978 fue casi el mismo que el de la temporada anterior. Esa consistencia ayudó a conseguir el título, a pesar que algo de ella fue obligada. Caupolicán Peña quería un arquero, un lateral y un puntero, pero no había recursos para traer refuerzos. Además, había que retener a los que ya estaban, sobre todo a Elías y Fabbiani, para quienes siempre había ofertas desde el extranjero.

La única incorporación en 1978 fue la de Ricardo Lazbal, puntero derecho formado en River Plate y proveniente de Gimnasia y Esgrima de La Plata, aunque Don Caupo no perdía la esperanza que llegara Jorge Puntarelli y algún lateral. Ese año dejaron la institución los volantes Guido Coppa y Roberto Hodge, el goleador Alberto Hidalgo y el arquero "Pancho" Fairlie, quienes se sumaron a la ida de Vidallé antes que terminara el torneo de 1977. Como plantel, Palestino se había despotenciado.

Sin embargo, como lo inmortalizó el Bambino Veira en una de sus innumerables frases para la historia, "la base estaba". La columna vertebral era Araya en el arco, Don Elías en defensa, el tridente del mediocampo con Dubó, Rojas y Messsen y arriba Oscar Fabbiani. Todos ellos con asistencia casi completa en el campeonato. La



defensa se completaba con un joven Edgardo Fuentes, quién se hizo titular en desmedro de un consagrado Carlos Valenzuela y fue el alumno más aventajado de Don Elías, más dos laterales fieros en la marca, como Mario Varas y Eddie Campodónico. En delantera, los punteros clásicos que acompañaban a "Popeye" eran Ricardo Lazbal y Pedro Pinto. Ambos eran veloces y sus desbordes terminaban en centros para la aparición de Fabbiani y Messsen, preferentemente.

Los suplentes jugaban poco, salvo Jorge Zelada quien era el cambio recurrente, especialmente por Sergio Messen, y que jugó 31 partidos del memorable campeonato. Manuel Herrera, que provenia de las divisiones inferiores, y Leonardo Zamora, puntero que jugaba por ambas bandas e incluso de lateral, estuvieron en 18 y 17 encuentros, respectivamente. Completaban el plantel, el "Huaso" Fernando Ayala, el portero Marco Cornez, el "Gringo" Enrique Graff y Luis Lizama.

Plantel Campeón 1978

Jugador	Partidos	Goles	Expulsiones
Araya, Manuel	33	-	1
Ayala, Fernando	2	-	-
Campodónico, Eddie	29	1	-
Cornez, Marco	1	-	-
Dubó, Rodolfo	33	2	-
Fabbiani, Oscar	31	34	-
Figueroa, Elías	33	3	-
Fuentes, Edgardo	33	-	-
Graff, Enrique	1	-	-
Herrera, Manuel	18	-	-
Lazbal, Ricardo	29	6	-
Lizama, Luis	1	-	-
Messen, Sergio	29	-	1
Pinto, Pedro	31	7	-
Rojas, Manuel	33	9	1
Valenzuela, Carlos	7	-	-
Varas, Mario	29	2	1
Leonardo Zamora	17	4	-
Zelada, Jorge	31	2	-

¿Cómo jugaba Palestino? La gran mayoría concuerdan que presionaban y buscaban el arco rival. No especulaban y jugaban con toques rápidos, usando mucho las bandas y el desdoblamiento. Casi no se preocupaban del equipo rival, trataban siempre de imponer sus términos y tener el balón. El técnico Peña, en una entrevista en revista Estadio en 1977, da algunas señales de como quería que jugaran sus equipos: "El equipo estuvo un periodo como desorientado y exponiendo un fútbol muy lejano al que yo siento". Se refiere a que estaban haciendo un juego "lento en las salidas, apegado en exceso a un toque intrascendente".

LOS PUNTEROS

Las bandas eran fundamentales en el "Fútbol total" de Caupolicán Peña. Los titulares fueron Ricardo Lazbal y Pedro Pinto, pero alternó bastante Leonardo Zamora.

Leonardo Zamora llegó en 1976 a Palestino y participó en 17 encuentros del campeonato de 1978, marcando 4 goles. Hizo el único gol para derrotar a Unión en la sexta fecha y un doblete en la abultada victoria 7-0 a Huachipato en la décimo quinta fecha. Revista Estadio en 1977 lo caracteriza como un incansable perseguidor de los desbordes, pródigo del esfuerzo y amigo de los goles. Originalmente no era puntero, jugaba de volante creativo, y confesaba: "jugar junto a la raya es distinto. Uno se convierte en un jugador más individualista, más preocupado de llegar al fondo, que del juego del resto del equipo".

Para Leo Zamora lo más importante para conseguir el título "Fue la unión y la convicción del grupo". Me cuenta que esos años fueron espectaculares y, sobre todo, el haber sido parte del plantel con alguien a quien admiraba como Elías Figueroa. Del invicto recuerda que no fue una presión. Rememora y me dice: "Nos acostumbramos a ganar". En lo más humano tiene un recuerdo muy especial de "Keko" Messen y de sus mejores amigos de esos años: Edgardo Fuentes y Manuel Herrera.

En otra entrevista en la misma revista, Peña indicaba: "Palestino tiene el mejor desdoblamiento de los clubes chilenos". En ello, destacaba que una de las características del equipo es el cambio de funciones de sus jugadores. Señalaba que cuesta que los jugadores se habitúen a hacerlo, ya que "la gente acá está acostumbrada a que el puntero sea puntero y el mediocampista se limite a su zona". Ponía como ejemplo lo que hacía Manuel Rojas, indicando: "ocupa la raya izquierda, aplica desde ahí su talento y no pierde gravitación". Complementaba la idea diciendo: "En Palestino he tratado de inculcar una mentalidad de fútbol moderno sin jugadores especialistas rígidos" y destaca a "Keko" Messen como a unos de los que entendió muy bien su mensaje: "En el medio o arriba construye y llega al gol, respetando las necesidades tácticas de cada partido".

Podría ser considerada una exageración, pero en la revista Estadio, luego del triunfo 2-0 a Colo-Colo en la primera rueda, se señalaba que el juego de Palestino se asemejaba mucho al "Fútbol Total" de la escuadra holandesa liderada por Rinus Michels al borde de la cancha y por el gran Johan Cruyff dentro de ella. Lo sustentaba en: "Fútbol total llamamos al que permite que el puntero Zamora, por ejemplo, genere tres corners, que genere dos oportunidades de gol por la izquierda y una por la derecha: Que Fabbiani supere la estricta marcación de Atilio Herrera yéndose por las puntas, retrasándose o apareciendo por el centro a un pase en profundidad". Finalizaba la analogía con: "Que Manuel Rojas sea el más talentoso distribuidor de juego y al mismo tiempo el autor de único gol de juego de su equipo". Todo ello reafirma el desdoblamiento que predicaba el profesor Peña.

LOS JÓVENES DE LA CASA

Palestino ha hecho históricamente un buen trabajo en sus series menores, siendo la cuna de grandes jugadores. Entre los más recientes destacan Luis Jiménez, Jaime Valdés y Paulo Díaz. En el campeón de 1978, destacaban Manuel Rojas y Edgardo Fuentes como titulares indiscutidos. En el plantel estaban los jóvenes Marco Cornez, Manuel Herrera y Fernando Ayala.

El que más jugó esa temporada fue Manuel Herrera con 17 presencias y quien era utilizado como lateral y volante. Herrera recuerda que llegó por iniciativa de Julio Campos, luego que Carlos Ahumada, con quien se reencontró como su preparador físico en Palestino, lo dio de baja en Magallanes. "Mi puesto era central", me cuenta, pero Don Caupolicán le pidió jugar en otros puestos e imposible negarse.

El fallecido Fernando "Huaso" Ayala participó en sólo dos encuentros del campeonato 1978. Fue titular como lateral derecho en el debut frente a O'Higgins y en dos partidos de la Copa Libertadores de ese mismo año. Ayala es recordado por los dos penales que cometió en el partido que se perdió 4-5 por la Copa Libertadores 1978 con Sao Paulo.

Marco Antonio Cornez, quien luego se transformó en toda una leyenda del fútbol por su calidad en el arco y sus aventuras fuera de la cancha, debutó en la fecha 27 contra Santiago Morning por la expulsión de Manuel Araya, partido que terminó 3 a 2 con gol de Pedro Pinto en la agonía. En la fecha siguiente fue titular en el empate 1-1 con Audax Italiano. En una noche llena de historias nos contó que de esos años recuerda la elegancia de Don Elías y Keko Messen y la ascendencia de ellos en el plantel. Una de las tantas anécdotas que tiene es aquella en la que, entrenando centros al área, salió raudo e impetuoso y le pegó un rodillazo a Elías. Casi pasó a la historia por causarle la muerte al futbolista más grande de Chile.



El juego de Palestino que pregonaba su director técnico fue parte de una lucha ideológica entre los entrenadores nacionales. Similar al Menottismo y al Bilardismo, se peleaba entre las escuelas de Don Caupo y el juego más resultadista de Lucho Santibáñez. Una vieja y recurrente discusión en el fútbol. En la fecha 18 del campeonato, el enfrentamiento pasó de la cancha

a las declaraciones. La estricta marca personal que O'Higgins, el equipo de "Locutin", impuso sobre los principales generadores de Palestino le sirvió para llevarse un empate de visita, desatando la molestia de Peña, quien declaró en Estadio que el rival había salido a jugar con una mentalidad que no le hacía bien al fútbol chileno. Es más, se refirió a Santibáñez como un "técnico de pizarrón", incapaz de enseñarles a usar el balón a sus jugadores. La réplica fue igual de dura. Dijo el técnico de O'Higgins: "Es cosa de que echemos a correr los títulos. Que gane algo primero y después hablamos".

Palestino tenía, y eligió, jugadores para jugar bien al fútbol. Salía a buscar el partido y no esperaba. "Presionábamos en cada lugar de la cancha", me contaron varios. Eran los años del 4-3-3, ni imaginar jugar con dos volantes de contención, los tapones de los años 90, ni los doble cinco actuales. Se jugaba con punteros abiertos y veloces, cuya misión última era desbordar, llegar a la línea de fondo y tirar el centro atrás. El 8, en este caso "Keko" Messen, jugaba por la derecha y era igual de talentoso que el 10, que normalmente iba por la izquierda. En Palestino esta función era realizada por Manuel Rojas, aunque jugaban con los números cambiados.

EL CUERPO TÉCNICO Y SUS COLABORADORES

Cuando Caupolicán Peña asumió como técnico en 1974, eligió a alguien de la casa como su ayudante: Gustavo Cortés, un histórico jugador del Club, siempre dispuesto a asumir cuando las circunstancias lo requerían. Tomó la dirección técnica cuando Peña se fue a la selección en 1976 y luego cuando renunció Fernando Riera, en 1977. De una sencillez y calidez extraordinaria, es muy querido por los jugadores y recordado por su frase típica del "ir y venir"

Complementaba el cuerpo técnico, el preparador físico Carlos Ahumada, quien los exigía al máximo para estar a la altura de las exigencias del desdoblamiento y movilidad pregonado por Peña. En un encuentro organizado por La Tercera para conmemorar los 40 años del título, el profesor Ahumada señalaba: "Eran buenos para entrenar. Además, estaban preparados física, táctica y mentalmente para ganar". De él, Luis Alejandro Salinas escribe en las Últimas Noticias: "Es un Quijote de la humildad y la honradez".

El cuerpo médico lo encabezaba el doctor de la Paz, y el kinesiólogo era Alejandro Koch. El masajista era el "Cabezón" Erick Paluba, con quien Fabbiani se abrazó en sus primeros goles en Chile y lo siguió haciendo siempre. Muy importante para los jugadores era el secretario administrativo, amigo de todos y solucionador de problemas variados, Nivaldo Carrasco, quien aún trabaja en la institución y conserva el maletín con el que trajo el millón de dólares de la venta de Fabbiani a Estados Unidos. El utilero era Sergio "Guatón" Sánchez.

Capítulo V

LA CAMPAÑA



The first part of the paper discusses the importance of the research and the objectives of the study. It then proceeds to a literature review, followed by a description of the methodology used in the study. The results of the study are presented in the next section, and the paper concludes with a discussion of the implications of the findings and suggestions for further research.

The second part of the paper discusses the importance of the research and the objectives of the study. It then proceeds to a literature review, followed by a description of the methodology used in the study. The results of the study are presented in the next section, and the paper concludes with a discussion of the implications of the findings and suggestions for further research.

The third part of the paper discusses the importance of the research and the objectives of the study. It then proceeds to a literature review, followed by a description of the methodology used in the study. The results of the study are presented in the next section, and the paper concludes with a discussion of the implications of the findings and suggestions for further research.

El campeonato partió con un triunfo 1-0 contra O'Higgins en Rancagua, el 4 de marzo de 1978. El equipo fue casi el mismo que los hinchas repiten de memoria, salvo que Fernando "Huaso" Ayala jugó de lateral derecho, en vez de Varas, y el tridente ofensivo estuvo conformado por tres punteros: Lazbal, Pinto y Zamora. Era un debut complicado ante un equipo que había invertido fuerte, llevándose a "Locutin Santibáñez", campeón el año anterior con Unión Española y reforzado para luchar por el título. La figura del partido fue Manuel Rojas y la revista Estadio resumió el encuentro de la siguiente manera: "Palestino impuso su mayor afeitamiento ante un cuadro que solo opuso sus figuras individuales, pero que adolece aun de juego de conjunto".

El triunfo fue con gol de Pedro Pinto, pero paradójicamente a causa de los problemas de inscripción del puntero izquierdo, quien retornaba desde México, se dio como ganador al equipo rancagüino. Por ello, Palestino no es el equipo con el récord oficial de partidos ganados en torneos nacionales. Si lo tiene, y por lejos, en la memoria y el respeto de quienes disfrutaron de su juego. El equipo es ampliamente reconocido por un invicto que, en cancha, donde realmente vale, duró 44 insuperables jornadas.

Junto con el campeonato, Palestino participó en la Copa Libertadores en un grupo con Unión Española, Sao Paulo y Atlético Mineiro. El debut fue un opaco 0-0 con Unión y le siguieron dos derrotas



de local con los brasileños, lo que tempranamente hizo de la clasificación una quimera. Se perdió un 0-1 con Sao Paulo y luego un espectacular 4-5 con los de Minas Gerais. Este último partido muestra la insaciable sed de gol de Fabbiani, quien marcó cuatro tantos y evidencia también su versatilidad. El primero de los goles fue de globito, luego de unos rebotes en el área. El segundo lo hizo de penal. En el tercero, definición cruzada luego de un pase profundo de Pedro Pinto. El cuarto, una volea que hizo estéril el esfuerzo de Leite. Las crónicas de la época remarcaban que la defensa no estuvo a la altura, cometiendo dos penales y un autogol de Edgardo Fuentes. Ayala, quien reemplazó a Campodónico en el entretiempo, cometió los dos penales. Recordando ese encuentro, Marco Cornez señala con cariño por su amigo fallecido, que "El Huasito entró muy nervioso en ese partido".

En los partidos de visita fue derrotado 2-3 por Unión Española, que sacó provecho de un Palestino disminuido al no contar con el suspendido Messen y los lesionados Figueroa, Dubó y Fabbiani. Estas ausencias fueron demasiada ventaja para el equipo hispano. Aun cuando viajó ya eliminado a Brasil, Palestino hizo un decoroso papel como visitante,



venciendo 2-1 a Sao Paulo y cayendo finalmente por 0-2 con Atlético Mineiro. El elenco tricolor cerró su participación en el último lugar del grupo con 3 puntos. Con ello, sólo quedaba concentrarse en el campeonato local.

La primera rueda del campeonato nacional de 1978 fue realmente brillante. No perdió ningún partido, registrándose sólo un empate 2-2 con Lota Schwager de local en la fecha 13, en el que "Popeye" hizo los dos goles. Edgardo Marin en su libro "La Historia de los Campeones", destaca la diferencia entre ambas ruedas, señalando que en la primera ronda Palestino perdió un solo punto, en gran contraste con

los doce puntos que se perdieron en la segunda rueda. De todas formas, destaca el rendimiento general de 77,9% y la brillantez de un campeonato obtenido "después de 23 años y muchos dolores".

En esa primera rueda destacan partidos importantes como el triunfo 1-0 a Unión Española, campeón del torneo anterior y que siempre era un rival complicado. En duelo correspondiente a la sexta fecha, pero que se jugó el 17 de junio debido a la participación de ambos en la Copa Libertadores, Palestino logró un apretado triunfo con gol de Leonardo Zamora. Con esta victoria, los tricolores pasaron a liderar el torneo y no soltaron más la punta de la tabla.



En la décimo quinta fecha, Palestino logró el triunfo más abultado de su campaña, derrotando por 7-0 a Huachipato, con tres goles de Fabbiani, dos de Zamora y uno de Pinto y Dubó. En un encuentro en el que prácticamente demolió a un débil rival, Sergio Jerez en revista Estadio concluye: "Este Palestino que no conoce hace largo rato la derrota, ya no se conforma con ganar. Ahora también quiere deslumbrar".

En encuentro correspondiente a la fecha 16, pero jugado en septiembre por una suspensión debido a las fuertes lluvias en la capital, Palestino se enfrentó a la Universidad de Chile y la venció 1 a 0 con gol de Oscar Fabbiani. El buen trabajo del elenco azul hizo peligrar el invicto, pero con la victoria, el equipo tricolor se escapó a seis puntos de sus perseguidores.

En la última fecha de la primera rueda, con goles de Rojas y Fabbiani, y gran actuación del portero Araya, quien le atajó un penal a Juan Carlos Orellana, Palestino derrotó a Colo-Colo por dos a cero y culminó brillantemente la mitad del torneo. La crónica de Aldo Schiappacase en Foto Sport refiriéndose a este triunfo se titulaba: "Palestino se quedó sin rivales". Ya se comentaba profusamente del invicto que llevaba y la prensa se preguntaba quién sería el rival que se lo quitaría. Al menos los dos históricos grandes del fútbol chileno no habían podido hacerlo en la primera rueda.

Luego del triunfo a O'Higgins en el debut del torneo, el equipo de Peña no perdió más hasta septiembre de ese año, donde cayó consecutivamente 1-2 contra Unión Española y Coquimbo Unido. Edgardo Marín en su libro hace referencia a este mes como "Septiembre Negro", destacando



también las declaraciones de Fabbiani, quien expresaba la molestia por la falta de apoyo de los nuevos dirigentes en esos momentos claves: "Cuando perdimos en Coquimbo, nadie fue al camarín a darnos una palabra de aliento".

El invicto había partido el 16 de julio de 1977. En partido jugado en el Estadio Santa Laura contra Santiago Morning, el equipo tricolor venció 3-1 con goles de tres de sus figuras más emblemáticas: Figueroa, Messen y Fabbiani. Esa racha ganadora culminó el 10 de septiembre de 1978 con una dura e injusta derrota contra Unión Española. El equipo hispano venció con goles de Luis Miranda y Leonardo Véliz. El primero provino de una falta penal al mismo Miranda, que las crónicas de la época y los reclamos airados de la hinchada hasta ahora señalan como inexistente. El descuento de Don Elias, cuando faltaban dos minutos, fue demasiado tardío como para al menos empatar el partido. Es, hasta ahora, el invicto más prolongado en la historia del fútbol chileno.

La crónica de Antonino Vera en revista Estadio señalaba: "El juez sancionó con foul-penal al arquero Araya sobre Miranda. No apreciamos infracción del guardavalla y en todo caso si la hubo, la visualizamos fuera del área al salir Araya al encuentro del delantero". La revista Foto Sport destacaba los airados reclamos del presidente Nasur: "Lo de hoy día fue una sinvergüenzura de Budge. ¡Un robo!". Remataba sus declaraciones diciendo: "Le insisto, fuimos abiertamente perjudicados por el arbitraje. Ese penal que cobró no existió". Desde su oficina cerca del metro Manquehue, Miguel Nasur, presidente en el año del título, rememora la pérdida del invicto y reconoce que insultó duramente al árbitro Budge al terminar el partido. "Pero todo quedó ahí", me dice, "luego le pedi disculpas".



Para Foto Sport, Palestino jugó un gran partido y señalaba al arquero hispano, Mario Osbén, como una de las figuras del encuentro. Incluso tituló: "Así no importa perder". Pero claro que importaba. Don Elias tuvo que usar toda su autoridad y experiencia para calmar a sus compañeros que estaban realmente exaltados con el calvo árbitro, al que acusaban de parcialidad y como el culpable de la pérdida del invicto.

A pesar de todo, la derrota y la pérdida del invicto no tuvieron consecuencias tan graves. Cobreloa solo descontó un punto, ya que empató con Everton en Viña del Mar. Así Palestino seguía cinco puntos arriba de su escolta. Es más, varios me han comentado: "algún día tenía que pasar". Para la mayoría, el invicto no era una presión extra, ni una meta en sí misma. Lo importante era el campeonato. Al contrario, Ricardo Lazbal lo considera como de mayor peso para los rivales, que debían enfrentar a un equipo casi invencible.

Después de la pérdida del invicto vino la derrota 1-2 con Coquimbo Unido, con un gol al último minuto del brasileño Bene. La crónica

del partido en Foto Sport señala lo preocupante de esta derrota, ya que se había perdido jugando mal, diferente a lo que ocurrió en el encuentro con los hispanos. Según señala: "Palestino no jugó bien. Ofensivamente ha perdido su prestancia y penetración". El director técnico Peña, sin embargo, no parecía muy preocupado de las dos derrotas seguidas y del hecho que Cobreloa había quedado a sólo a tres puntos. En la misma revista aparece declarando: "Esta licencia nuestra, perder cuatro puntos en dos partidos, le dará más color al campeonato".

Consecuente con la seguridad de Don Caupo, luego de esas dos derrotas, el equipo se levantó y de los pies del goleador Fabbiani obtuvo un triunfo demoledor que renovó la confianza. A pesar que se encontró con un equipo que sólo intentó defenderse, Palestino goleó 6-0 a Rangers de Talca en la fecha 25. "Popeye" marcó 5 goles y el otro lo convirtió Mario Varas. Foto Sport encabezó el reportaje al partido con "Fabbiani No Sabe de Rachas" y el goleador resumió en sus declaraciones lo que era la mentalidad de ese equipo: "Nosotros no somos como todos los demás. No nos contentamos con ganar, sino que buscamos la goleada". La revista destacaba el convencimiento del centro-delantero tricolor, luego de escaparse por 13 goles de sus perseguidores, Miguel Ángel Neira de O'Higgins y "La Fiera" Ramos de Green Cross: "Creo que ahora nadie me quita el título de goleador".

Sin embargo, no sólo septiembre fue un mes negro, octubre fue también nefasto en la ruta al título. Comenzó con una derrota 2-3 contra Cobreloa en Calama, un partido muy parejo de acuerdo a las crónicas de la época y en el que los loinos fueron más efectivos en los periodos donde dominaron las acciones. Manuel Rojas había marcado a los 47 minutos para quedar parcialmente 1-2, pero Luis Ahumada puso el tercero desatando la algarabía de la hinchada minera. El descuento del puntero argentino Lazbal llegó en los descuentos y, con la derrota, la distancia con Cobreloa se acortó a sólo un punto.

Luego de un triunfo 3-2 a Santiago Morning, con dos goles de Fabbiani y uno de Pinto, se produjeron tres empates seguidos que generaron algunas dudas sobre si el equipo soportaría la presión en las últimas fechas. Los empates 1-1 con Audax y 0-0 con Católica y Lota, incluso mostraban una sequía goleadora impensable para el equipo. Con la UC y el "equipo del carbón", el cerrojo defensivo diseñado por Orlando Aravena y Vicente Cantatore había funcionado a la perfección y maniatado al equipo tricolor. El mismo "Cabezón" Aravena reconoció luego del partido que era imprescindible enviar marcas especiales para los principales agentes ofensivos del puntero, Fabbiani y Rojas. Sin embargo, Cobreloa no lograba capitalizar los empates del líder y era goleado 5-2 por Deportes Concepción para luego perder, impensadamente de local, 0-1 con Ñublense.

El equipo logró levantarse de ese bimestre adverso en resultados. Los dos triunfos seguidos de noviembre, 4-1 a Everton y 2-1 de visita a Huachipato, alimentaron la ilusión y mantuvieron intacta la convicción que el título era de Palestino. Además, confirmaban que los grandes jugadores aparecen cuando más se les necesita: Oscar Fabbiani y Manuel Rojas convirtieron cinco de los seis goles en esos dos partidos decisivos para la obtención del campeonato. En el partido con Everton, un equipo que venía de ser sub-campeón en 1977 y campeón en 1976, brillaron el tridente Rojas-Fabbiani-Messen y dos de los goles fueron utilizando la fórmula que se había ido perfeccionando a lo largo del campeonato: centro de Lazbal y gol de "Popeye".



Huachipato era en el papel un rival más débil, que peleaba infructuosamente por no descender. De visita, Palestino dominó el partido y las diferencias fueron más grandes en el juego que en el marcador. Con goles de Fabbiani de penal y de Manuel Rojas, el elenco tricolor retomaba el camino al título. La crónica de Carlos

Vergara para Estadio finaliza así: "Un partido en que el puntero y presunto campeón manejó a su arbitrio, dejando la impresión que, como en el juego del volantín, dio y quitó hilo cuando quiso".

Quedaban solo dos partidos y el campeonato se veía cada vez más cercano. En la fecha 32, se necesitaba ganar para dar la vuelta, sin importar lo que hiciera Cobreloa. El equipo estaba convencido que vencían en ese partido a la Universidad de Chile y eran campeones una fecha antes. Elías, quien no quería perderse estar en la cancha y dar la vuelta, se enyesó temporalmente su mano y no viajó a El Tabo para el rito de concentrarse lejos del mundanal ruido. Los esperó en Santiago para cuidarse.

Se empató 1-1 con Universidad de Chile en el Estadio Nacional, para variar con gol de Fabbiani. El equipo azul abrió la cuenta en el minuto 44, por intermedio de Juan Soto, luego de una pared con el "Lulo" Socías. Eso hizo despertar a la escuadra palestina, que entró con todo el segundo tiempo y empató a los 7 minutos luego de un centro de Rojas a "Popeye". En los recuerdos de varios, sobre todo del wing derecho argentino, está la jugada que pudo darles el campeonato. Un desborde y centro de Manuel Rojas que Lazbal dispara con el alma, pero no puede vencer el tapadón de Carballo. Hubo también un disparo en el travesaño de Fabbiani, pero el marcador no se movió. Su perseguidor, Cobreloa ganó 4-2 a Coquimbo en su estadio de Calama y forzó a esperar hasta la última fecha.

Se vino el partido final con un Colo-Colo que, aunque alejado del protagonismo en la lucha por el título, fiel a su tradición, no regalaría nada. Además, tenía un equipo con muchas figuras y luchaba por clasificar para la liguilla pre-Libertadores. ¿Había nerviosismo?, ¿se prepararon distinto?, les he preguntado. "Estábamos convencidos que lo ganábamos", me han dicho todos. Fiel a lo que proponía el profesor Peña, "no hubo nada distinto en la preparación del partido", salvo que ya no hubo concentración previa en el desaparecido Hotel El Tabo. Peña, como todo buen futbolero, tenía sus cábalas, y la concentración en el balneario de extensa playa y arenas blancas no le había funcionado.

Veo por enésima vez la salida del equipo desde el camarín y ese convencimiento se notaba. Como parte del rito, Nibaldo abre la puerta, da un par de botes a la pelota y el equipo enfila hacia la cancha. Pedro Carcuro los esperaba afuera del vestidor para recabar las notas previas y los que enfrentaron el micrófono, Campodónico, Messen y Fabbiani, repitieron el mismo mensaje. Había tranquilidad y confianza en que ese domingo 25 de noviembre se tocaba el cielo y se convertirían en inolvidables. "Lo único que importaría es hacer un gol para que Palestino sea campeón", le declaró Fabbiani a Carcuro.



He visto muchísimas veces el partido completo y otras tantas el resumen. Mis recuerdos de niño no me han llevado a ese día histórico, pero el video disponible y las crónicas de diarios y revistas me han permitido vivirlo nuevamente. La recia disputa por el balón y el predominio del juego la rompe Manolito Rojas con un zurdazo notable de tiro libre a los 27 minutos del primer tiempo. ¿Qué nos importaba la débil resistencia del "Gringo" Neff si comenzábamos a ganar el duelo decisivo? Veo como los desbordes de Lazbal tenían vuelto loco a su compatriota Ovide, de desastroso primer tiempo y fugaz paso por el Cacique. Un centro del puntero derecho, que cobra un tiro libre, encuentra la cabeza iluminada de Don Elías a los 41 minutos y cumple así la promesa que le hizo a Don Caupo. "Antes de ir a la cancha le dije al maestro Peña que en todas las finales importantes había hecho goles y que hoy también haría uno", declaraba luego del partido a un matutino.

En el segundo tiempo, el descuento con gol olímpico de Juan Carlos Orellana, el "zurdo de Barrancas", es solo parte de la anécdota. En el minuto 72, Pedro Pinto sale de contragolpe a toda velocidad y espera la llegada de Rojas por la derecha. La pelota encuentra al talentoso volante que levanta la cabeza y ve venir a Fabbiani. La tira al medio

para que la empuje "Popeye" y quede más cerca del récord de Luis Hernán Álvarez. No pudo ser y Pacheco la envía contra su propio arco, sentenciando el trámite del partido y su rol de villano. Era el 3-1 y bastaba esperar que los minutos pasaran para iniciar el festejo.

Lo inobjetable del triunfo lo resumió Adamol en el diario La Tercera: "Colo-Colo no tenía nada para cambiar la historia". Señalaba que luego del tercer gol "la desolación alba fue evidente". "En la cancha quedó claro que Colo-Colo no tenía armas para ganar". Finalizaba la columna realizando la labor de Caupolicán Peña, diciendo: "Ha sido en Palestino tan protagonista como Fabbiani, Elías, Rojitas, Messen o Araya".

El equipo tricolor, usando su camiseta alternativa seguramente por cábala, hizo lo que tenía que hacer. No ganó como sea. Ganó y fue campeón jugando a lo que sabía. Apoyado en sus figuras y su clase. Desató la alegría de toda una colonia de inmigrantes, pero no solo de ellos, sino también de todos quienes nos hicimos hinchas por adopción a su buen juego. Lo indiscutido del título lo expresaba Julio Martínez en su columna de Las Últimas Noticias: "Pocas veces hubo un campeón menos discutido que Palestino. Fue un campeón legítimo".



Hasta hoy, pasado más de 40 años, uno dice Palestino 78, y sin importar la edad ni el equipo preferido, te responden: "Sí, el de Don Elías, Fabbiani, Dubó, Manuel Rojas". Un equipazo. Ese fue su gran mérito, trascendió a la colonia y al tiempo. Se quedó en la memoria de quienes amamos este deporte y no olvidaremos jamás que vibramos con sus logros, sin que sus protagonistas traicionaran ni un estilo, ni una forma de vida.

Capítulo VI

DON CAUPO



El debate sobre la influencia de los técnicos es largo y sin consenso, como casi todo en el fútbol. "El mérito es de los jugadores", se escucha decir con falsa modestia y humildad cuando las cosas van bien. "La culpa es mía. Yo soy quien hago el equipo", se oye también cuando las derrotas necesitan responsables y el técnico asume su rol con una mezcla de culpa sincera y temor al despido. Algo de ambas cosas tiene la derrota y el triunfo. Los méritos y culpas son compartidas en un deporte colectivo, donde el Director Técnico, con alguna probabilidad variada, escoge el plantel y luego los once jugadores que entran a la cancha.

No sólo debe definir la oncena titular, debe preparar al equipo durante la semana y coordinar personalidades complejas, trayectorias disimiles, pesos específicos diferentes y distintas formas de vida. No sólo debe saber de táctica, técnica y estrategia, también de psicología para lidiar con un grupo en pos de un objetivo común. Está claro que no es un rol menor y así lo demuestra la investigación cuantitativa en esta área. El mister realmente importa y el desempeño del equipo no sólo depende de esos once que pone en una cancha. Depende grandemente de cómo los motiva, cómo los organiza, cómo los entrena y, entre muchas otras cosas más, de cómo maneja los conflictos internos.

Al igual que los jugadores, los técnicos son diferentes en muchas dimensiones. Primero, en su forma de trabajo. A fin de abusar de las caricaturas, los hay obsesivo-compulsivos como el célebre Carlos Salvador Bilardo. Ruggeri cuenta, en una de sus innumerables anécdotas que, después de haber salido campeones del mundo, el Doctor lo fue a buscar a su casa y lo hizo entrenar en la Plaza de Flores con unos niños, para así asegurarse que estaba recuperándose de una lesión. Era tanta su obsesión que Bilardo casi no celebró el título del 86, amargado por los dos goles de cabeza que había hecho Alemania.

Existen, dicen, aquellos estudiosos y detallistas como el célebre Marcelo Bielsa y todos los más diversos discípulos que ha inspirado,

extraordinariamente preocupados de cómo juega el rival para encontrar la fórmula de vencerlos y cómo potenciar a sus jugadores con entrenamiento específico y mucha mecanización de jugadas.

Están también los amantes de la creatividad y la armonía, como Menotti, quienes confían más en el talento y la habilidad, el juego en conjunto y son menos esclavos de la disciplina táctica. Lo resume así una entrevista en El Gráfico argentino en el 2019: "La tenencia de



la pelota no es ninguna estrategia, es una necesidad, porque la pelota es la que no te deja perder, la que te hace ganar. Antes de perderla, hagamos 7 toques, o 10, o 20; ahora, si después de hacer 50 toques se la damos al arquero para que tire un pelotazo al medio, entonces los 50 toques fueron al pedo".

Segundo, los entrenadores son diferentes en su metodología. Los hay intuitivos y con buen ojo para detectar jugadores, como Lucho Santibañez y Nelson Acosta. Hay otros que reniegan de la intuición y buscan datos y regularidades empíricas para tomar decisiones. Exponente destacado es Arsene Wenger, quien puso el rigor científico como rasgo distintivo para la elección de jugadores en el Arsenal inglés.

Finalmente, también son distintos en cómo se relacionan con los jugadores. Aunque parecen minoría, están los cercanos como Borghi, y están otros más distantes, que evitan establecer lazos afectivos, temiendo minar su autoridad y del exceso de confianza con sus dirigidos. Como en la vida, el balance es siempre complicado y poco se sabe qué tipo de relación es la que contribuye al éxito.

¿Quién y cómo era Caupolicán Peña, el D.T. del campeón de 1978? Don Caupo tiene rasgos bastante peculiares para la profesión. Es profesor normalista, licenciado el año 1949 en Victoria, y ejerció su

profesión en los inicios de su trayectoria como futbolista profesional en el Colo-Colo de 1951. Jugó solamente en el equipo albo hasta el año 1962, donde fue campeón en los años 1953, 1956 y 1960, y comenzó su carrera como técnico en 1964. Llegó a Palestino en 1974 y se quedó hasta 1980, con un intermedio producto de su paso por la selección chilena en las eliminatorias para Argentina 1978, donde fue eliminada por Perú con los recordados goles de J.J. Muñante en Santiago y el de cabeza del "Cholo" Sotil en Lima.



Me lo imagino como un tipo "jodido". Debió haber sido muy exigente, enojón y poco amigo del halago fácil. No era dado a las explicaciones, salvo con los referentes del plantel. El trato no era cercano, más bien distante, como de profesor a estudiantes. De los estudiantes de esos años, no los de ahora, donde cuesta un mundo hacerlos callar. Lo veo entrando a la cancha de entrenamiento como el maestro que ingresaba a las salas de clases de antaño, con el libro de asistencias bajo el brazo, y todo el curso en respetuoso y absoluto silencio.

En la semana se trabajaba muy bien, ese es el recuerdo de todos. No había obsesión por el rival, sino porque el equipo hiciera lo que mejor sabía. Si eso resultaba, no importaba lo que hiciera el equipo del frente. Salvo lesiones o expulsiones, el equipo era el mismo. Eso se repetía con los cambios. Uno típico: salía Messen y entraba Zelada.

Para su ayudante de esos años, Gustavo Cortés y para sus ex-dirigidos: "Caupolicán era un adelantado". Esa frase que repitieron varios, se fundamenta en varios aspectos de su trabajo. Uno es la utilización de metodologías que incorporó del basquetbol. Otro es el entrenamiento futbolístico en espacios reducidos. También se recuerda las actividades de corta duración, pero de mucha intensidad. Finalmente, se destaca su idea de progresar con buen trato del balón y salir jugando desde atrás.



Caupolicán Peña era muy exigente y no transaba en las condiciones para que los jugadores rindieran al máximo. Su renuncia en el año 1978, cuando finalizaba la primera fase de grupos de la Copa Libertadores, refleja ese convencimiento y profesionalismo. Creía en la planificación. En revista Estadio, en 1977, declaraba: "Yo siempre fui, y soy, un partidario absoluto del trabajo fundamentado en el tiempo, que niega la improvisación".

Para el campeonato de 1978, exigió refuerzos, pero no llegaron. Veía a Marco Cornez muy joven para ser el segundo arquero ante la partida de "Pancho" Fairlie a Huachipato, pero no hubo contratación de otro portero. Sentía que podía mejorar el trabajo por las puntas, que en su esquema eran fundamentales, pero no llegaron ni Jorge Puntarelli ni René Serrano. Eso les faltó, declaró, para hacer mejor campaña en la Copa Libertadores de ese año. Para Don Caupolicán, las bandas eran esenciales. Era Bielsista en ese sentido, pero algo más pragmático.

Este pragmatismo se reflejaba en que aun cuando privilegiaba el 4-3-3, no dudaba en cambiar el esquema si la situación lo ameritaba. Analizando la eliminatoria para el mundial del 78, señaló que en los partidos con Perú tomó decisiones criticadas, como cambiar a un delantero por un volante en el partido en Santiago, y entrar con 4 volantes, en la revancha en Lima. No obstante, luego de la

eliminación, seguía convencido que era lo que el partido necesitaba y declaró: "Nadie aceptó que yo hubiera sacado un delantero para poner un defensa. Los prejuicios tácticos tan comunes en Chile me condenaron sin remedio".

Su amor por el fútbol lo reflejaba en sus declaraciones: "Soy apasionado porque vivo mi profesión en todo sentido. He dejado de lado muchas otras cosas que complementan la vida de un hombre, en función de entregarme realmente a lo que estoy haciendo". En la revista del club, luego de haber ganado la Copa Chile en 1975 y clasificado para la Copa Libertadores de 1976, señaló: "Quiero que mi equipo se las sepa todas". Para el técnico, su trabajo tenía como objetivo capacitar al equipo para que domine todos los aspectos del juego. Lo logró con Palestino 78. Ricardo Lazbal, uno de los que siguió la carrera de director técnico, indica: "Sabíamos cómo presionar. En qué momento esperar y darle la iniciativa al rival. Éramos inteligentes para manejar variantes tácticas, lo que no era muy usual".

Caupolicán Peña, junto a su ayudante Gustavo Cortés y el profesor Carlos Ahumada, formaron un equipo que fue fundamental para lograr el título, tanto como la seguridad defensiva que daba Don Elías y la capacidad goleadora de "Popeye". Compartía con sus jugadores la convicción de que iban a dar la vuelta: "No miento al afirmar que cuando más convencido estuve de que seríamos campeones fue cuando perdimos con Unión Española", recordaba en Estadio. Dice que "al perder el invicto, sin expulsados, sin desesperación, sin lágrimas ni escenas de dolor, me demostró fehacientemente que era un plantel maduro, un grupo capaz de soslayar cualquier momento difícil para finalmente alcanzar la meta deseada".

Para él, el título con Palestino fue una revancha por la eliminación del mundial de Argentina 78 con la selección. No quedó conforme con lo que hizo y asumía su gran error. Peña explica que privilegió a los que jugaban afuera para la clasificación al mundial, diciendo que "hasta enero yo contaba con un equipo de 'caras sucias', que goleaban y estimulaban el elogio de todos". Los malos resultados

de una gira lo hicieron dudar y "nació un equipo improvisado, entregado más que nada a la interpretación particular". En el Palestino campeón, en cambio, Don Caupo triunfó con la suya. Eso era más difícil de hacerlo en la selección. En "La Roja" tenían que jugar esos viejos dinosaurios. En Palestino pudo poner a sus "Caras Sucias".



Capítulo VII

DON ELÍAS



Es, sin dudas, el jugador chileno del que más se ha escrito y el que tiene, seguramente, el récord de entrevistas y reportajes. Es complicado decir algo nuevo y más interesante de lo que ya se sabe por montones. En uno de los tantos libros en los que se realiza su figura, Danilo Díaz en 80 años del Fútbol Chileno lo describe así: "Dominaba todas las facetas del juego aéreo y en las dos áreas; su velocidad, anticipo, técnica y carácter lo transformaron en un jugador brillante".

Antes de llegar a Palestino, Don Elías jugó 5 años y 371 partidos en Internacional de Porto Alegre. Se integró al equipo gaucho en noviembre de 1971, a cambio de 300 mil dólares, proveniente de Peñarol de Uruguay, donde había sido campeón en 1967 y 1968. Al retornar a Chile en 1977 dejó a todo un pueblo como "las viudas de Elías" y se vino a conquistar el título que le faltaba.

Don Elías no venía a terminar su carrera, él quería ser campeón en Chile como lo había sido en Peñarol e Internacional. No le bastaba haber sido elegido tres veces el mejor jugador de América, tenía una tarea pendiente y, como alumno aplicado, la hizo con distinción. La revista Estadio registró sus primeras impresiones luego de la obtención del campeonato de 1978: "Di muchas vueltas olímpicas fuera de Chile, pero esta ha sido la más linda de todas, porque es la primera que doy acá. Sólo quería ser campeón en mi tierra para decir que he sido el futbolista más feliz del mundo".

Los deseos de ser campeón en nuestro país y la nostalgia que significaba estar tantos años fuera hicieron que Elías Figueroa volviera al fútbol chileno. Le pregunto: ¿Por qué Palestino? Me relata que en un viaje de Enrique Atal a Porto Alegre se juntaron a cenar. En medio de la conversación, sin que ese fuese el motivo del encuentro, surgió la revelación que ya tenían ganas de volver a Chile. Era difícil de entender. "Me quería el Real Madrid", me dice. No obstante, la "saudade" de su patria fue más fuerte y se decidieron a retornar, incluso amenazando con el retiro a los dirigentes del Inter, que no lo querían dejar partir, y habían rechazado ofertas millonarias por él.

Don Elías había sido elegido tres veces consecutivas como el mejor jugador de América, premio otorgado por el diario El Mundo de Caracas y que emulaba al otorgado en Europa por la revista France Football. En uno de esos años, el periódico venezolano fundamentaba el premio señalando: "por su enorme calidad futbolística. Por su regularidad para mantenerse siempre en un plano estelar. Por la jerarquía de su fútbol, en que su genio y temperamento le hacen alcanzar la condición de líder o caudillo".



Antes que obtuviera el premio los años 1974, 1975 y 1976, lo había recibido nada menos que Pelé en 1973. Luego de su reinado de tres años, en 1977, lo recibió el brasileño Zico. El año 1978, el premio se lo otorgaron a Mario Alberto Kempes, quien había llevado a punta de goles y temperamento a Argentina a ganar la Copa del Mundo. Elías ocupó el sexto lugar en la votación de ese año, siendo parte del equipo ideal de Sudamérica que estaba formado por: Fillol; Tarantini, Figueroa, Pasarella y De los Santos; Dirceu, Ardiles, y Cubillas; Ortiz, Zico y Kempes.

Para dimensionar lo que logró Don Elías, cabe señalar que tuvieron que pasar más de veinte años para que un chileno lograra ser elegido el mejor de América. La distinción la recibió Marcelo Salas en 1997, por su brillante campaña debutando en River Plate. No fue hasta casi 30 años después que, entre el 2003 y el 2005, un jugador lo recibiera por tres años consecutivos. Fue el caso del delantero argentino Carlos Tévez.

No obstante, como Elías Figueroa lo ha señalado muchas veces, en su vuelta a Chile tuvo que soportar el escepticismo de algunos, que dudaban de su condición futbolística. Entrevistado para Foto Sport

por Carlos Araya, señaló su gran decepción cuando volvió a su patria: "Lo primero que me dice un señor al recibirme es que si realmente estoy acabado. Entonces, claro a uno le dan ganas de subirse al avión y partir de nuevo". En uno de los almuerzos que organizaba la revista, luego de una temporada en Chile, Don Elías



comentó: "No llegaba a comprender cómo podían pensar que estaba terminado como futbolista, si sólo tenía 31 años y recién me habían otorgado por tercera vez el trofeo Copa de Oro como el mejor futbolista sudamericano". ¿Ignorancia? ¿El típico chaqueteo chileno? Difícil saber. Lo que fue clarísimo, es que no estaba acabado y cumplió con creces en su vuelta a Chile.

Don Elías era un ídolo en Porto Alegre, casi un dios. Hasta hoy lo es. Todos los gauchos recuerdan el gol iluminado que les dio el campeonato brasileño de 1975. Son incontables las anécdotas y pruebas de esa idolatría. El llanto de todo un estadio cuando se despidió, es sólo comparable con la tristeza del Maracanazo de 1950.

Todo ese amor y ese cariño, sin embargo, tenían un costo grande. La familia Figueroa Kúpfer no tenía vida privada, les era imposible salir a la calle y hacer una vida normal. Era como vivir en una cárcel de cristal. Lo experimentan los ídolos máximos y es una carga difícil de llevar. En el documental "Maradona Confidencial", el preparador físico Signorini cuenta que una vez en Nápoles una multitud rodeó el auto en que iban con Maradona, luego que un fanático se diera cuenta que era el 10. La desesperación era tal que Diego comenzó a darle puñetes al vidrio del auto.

Los ídolos pagan un alto costo por la idolatría de los hinchas y eso era crecientemente difícil de soportar para la familia de Don Elías. Su esposa Marcela cuenta en el libro "Los 11. Los Mejores Jugadores de la Historia de la Roja" de Diego Figueroa e Ignacio Morgan, que antes

de la final del campeonato de 1975 con Cruzeiro, recibió amenazas de muerte para su esposo. Para mayor preocupación, Elías había hecho el gol del triunfo y temía no verlo más. Recuerda que su angustia solo se detuvo cuatro horas después del partido, cuando finalmente apareció en un auto policial.

La decisión de retornar a Chile no fue precipitada. Con su esposa lo habían conversado muchas veces, sobre todo por el desarraigo de los niños. Figueroa señaló en Estadio: "los niños habían vivido muy poco



en su país, ya estaban educándose, y había que pensar en ellos". En el mencionado libro, Marcela cuenta que para concretar la vuelta a Chile le puso "presión de esposa". Se sentía cansada y agobiada por una idolatría que escapaba del campo de juego y les impedía llevar una vida sin sustos ni escoltas policiales.

El retorno fue ampliamente exitoso. Fue el mejor futbolista de Chile en 1977 y 1978. Hizo goles importantes, como el que selló en el alargue el 4-3 en la final de la Copa Chile de 1977 frente a Unión Española, y el 2 a 0 en el partido final contra Colo-Colo, confirmando su rótulo de iluminado. También fue decisivo en el 2-1 a Ñublense en la fecha 2 de la segunda rueda, con un gol al minuto 83 para vencer la dura resistencia que les dio el equipo de "Consomé" Oyarzún.

No faltó a ningún partido en 1977 y sólo a uno en la campaña del campeonato de 1978. En ese último, Figueroa jugó los dos partidos finales con una fractura en su mano, producto de un choque con "Keko" Messen, que le obligó a usar yeso los días anteriores a estos encuentros. Entrevistado por Las Últimas Noticias antes del partido con Universidad de Chile, donde eran campeones si ganaban, declaró: "Este partido contra la Chile lo juego como sea. He jugado en otras oportunidades con lesiones más graves y delicadas". El periodista le señaló que no podía jugar enyesado, ya que era peligroso para el

rival. Don Elías le replicó: "Pues me lo saco y me coloco una venda. Nada me va impedir estar el sábado en Ñuñoa. Nunca le he hecho el quite al bulto, por muy bravo que éste sea".

¿Qué fue Don Elías para Palestino 78? Todos lo señalan como "el maestro", un gran jugador, aún vigente y con una calidad inmensamente superior al resto. Era un líder natural, no de hablar demasiado, pero respetado y escuchado. No creo que alguno haya tenido la desfachatez de desafiarlo o cuestionarle algo. Tampoco se necesitaba, era grande en todas las acepciones de la palabra. Lo de Don Elías no sólo era su capacidad individual, sino lo que contagiaba y enseñaba al



resto. Me relata que a su llegada juntó al equipo y les dijo: "Vengo a ganar un campeonato con ustedes". Esa seguridad y confianza eran parte de sus cualidades y se las transmitió al grupo. Recuerda, "Teníamos un buen equipo, muy equilibrado y con un técnico muy capaz. Había grandes jugadores como Manolito Rojas y Sergio Messen. Un goleador como Fabbiani. Un arquero, Manuel Araya, que atajaba un montón". Su contribución no sólo fue futbolística. Me dice: "Los convencí que éramos capaces de ganarle a cualquiera. Equipo había, sólo faltaba confianza".

Su influencia es ampliamente reconocida. Su compañero en el centro de la defensa, Edgardo Fuentes, provenía de las divisiones inferiores y aprendió un montón de Don Elías. En una entrevista para revista Estadio, Fuentes resumió lo que significaba tener a Figueroa como maestro permanente: "Antes y durante el partido, Elías está siempre dirigiéndome. Ten cuidado con esto o con lo otro, me dice y yo le hago caso en todo. Es como un profesor, como un catedrático del cual uno tiene el privilegio de aprender". Para Oscar Fabbiani, Don Elías fue: "Lo más grande que he visto en el fútbol chileno". Rodolfo

Dubó lo resume en dos palabras: "Calidad e inteligencia". Manuel Rojas señalaba de su compañero en Palestino y en la selección: "Elías es el que manda y estimula dentro de la cancha. Y fuera de ella es el ejemplo para todos: se esfuerza más que ninguno en los ejercicios".

Su trascendencia y vigencia se reflejan en las constantes ofertas que recibía para volver a irse de Chile, que casi dejan a Palestino sin su baluarte defensivo. La mala campaña del Inter de Porto Alegre en 1977 hizo que el presidente y amigo de Elías viniera especialmente a Chile para repatriarlo. Había hasta fórmula. Los brasileños compraban a Mario Soto a Palmeiras y lo daban en parte de pago a Palestino, más un diferencial de cientos de miles de dólares. Ahí no hubo acuerdo, Inter no tenía lo que Palestino pedía, menos para desprenderse de quien había sido el mejor jugador del campeonato en 1977. En el mencionado almuerzo de Foto Sport, Figueroa cuenta como aun estando en Chile recibía ofertas de otras partes: "Rechacé ofertas del Cosmos, del Bayern Múnich y de un equipo de Los Ángeles". Quería quedarse en Chile y ser campeón, así lo hizo.

Don Elías, el mejor futbolista chileno de la historia, que jugó tres mundiales, el mejor central del mundial de 1974, multi-campeón en Uruguay y Brasil, idolatrado en Porto Alegre, con ofertas de los mejores equipos del mundo, decidió un día volver a su tierra. Retornó porque le faltaba ser campeón en su Chile amado. Cumplió con el desafío y fue determinante. ¿Cuál es el recuerdo más lindo de esos años?, le pregunto casi al cerrar nuestra conversación. No lo duda: "La alegría de la gente de Palestino. Haber conseguido el título y que se hiciera conocido en muchas partes". No hay dudas que hizo inmensamente feliz a todos los hinchas palestinistas, todos aquellos que gozaron con el sueño de tenerlo en su escuadra y ver cómo los iluminó en el camino hacia el último título del equipo de colonia.

Capítulo VIII

EL CHILENO FABBIANI



Acabábamos de terminar la entrevista cuando decidí que así titularía su capítulo: "El Chileno Fabbiani". Aunque todavía no sabía cómo iba a estructurar esta historia, no tenía dudas que el goleador del campeonato merecía con creces su propio capítulo. Oscar Roberto Fabbiani Venturelli nació argentino, pero se hizo chileno. Está orgulloso de la decisión que tomó, aunque le significó críticas tan variadas e injustas, como las de Mirta Legrand, en una época muy complicada para las relaciones entre Chile y Argentina. "Llevo 46 años en este país y no me quiero volver a Argentina. Creo que me voy a morir acá", me dice. Se quiebra un poco y sigue: "Las cosas más lindas del fútbol me pasaron en Chile". Como buen chileno usa modismos locales. Mucho más que aquellos típicos de allende Los Andes. Usa más el hueón que el boludo, y remata: "Me saqué la cresta para llegar hasta donde llegué".

Recuerda con nostalgia esos partidos de la Copa América de 1979, cuando pudieron quedar en la historia como los primeros campeones de América. No pudieron superar a Paraguay y Oscar siente que pudo dar más. Jugó lesionado esos partidos. "Don Lucho Santibáñez me llamó muy encima, venía de vacaciones y me exigí mucho en un entrenamiento", me dice. "Si me hubiera llamado antes...", recuerda y no termina la frase. Está demás completarla. Está seguro que, si hubiera llegado bien a esos partidos o conocido más a los compañeros, habrían aparecido los goles que escasearon en Asunción, Santiago y en la cancha de Vélez. Oscar transmite confianza y seguridad en lo que fue y sigue siendo su especialidad: el gol.



Es que Fabbiani era el gol de esos años. Apenas llegó a Chile en 1974, se presentó inflando redes. Lo fue a buscar el Tano Biondi a Estudiantes de Buenos Aires, donde casi no jugaba. Debutó haciendo dos goles al "Gringo" Nef en un partido amistoso de San Felipe contra

la selección chilena, antes que ésta se fuera al mundial de Alemania, y no paró más. Palestino lo contrató en 1974, el mismo año que llegó a San Felipe. Tuvo un debut impresionante en el equipo de la quinta región: en la Copa Chile marcó 20 goles en 11 partidos. Histórico, fue goleador de la Copa Chile en 1974 jugando por San Felipe y en 1977 por Palestino. Salió tres veces goleador del campeonato oficial entre 1976 y 1978.

En esos años no había competencia para Fabbiani. La distancia con sus perseguidores en la tabla de goleadores era muy grande: a más de 10 goles de Jorge Peredo y Luis Alberto Ramos, los años 1977 y 1978, respectivamente. En el año del campeonato, con 35 goles, Oscar Fabbiani hizo más de un gol por partido y fue vital en varios encuentros para lograr el triunfo. Los goles de "Popeye" fueron fundamentales para levantar al equipo luego del "septiembre negro".

Recuerda que en el equipo campeón los que llevaban la batuta cuando las cosas se complicaban eran Don Elías, Sergio Messen y el "Loquito" Araya, y que sus socios predilectos en la cancha fueron el "Keko" y Manolito Rojas. Se conocían de memoria, él picaba siempre a recibir esos pases en profundidad llenos de intención y talento de los volantes creativos. En el libro "Los Grandes. Diálogos con Hombres de Fútbol", Danilo Díaz le pregunta si Rojas fue su mejor socio. Responde: "Sí, nos mirábamos y sabíamos qué hacer. Me levantaba la cabeza y sabía que tenía que picar. Con el Keko era lo mismo". Me cuenta que, a veces cuando la marca asfixiaba, se tiraba



atrás y Messen se iba de 9. La marca era fiera en esos años. Según recuerda: "Había centrales de mucha experiencia y oficio".

En el último partido con Colo-Colo, extrañamente, Fabbiani no hizo goles. Las crónicas de la época dicen que sus compañeros querían que marcara para superar los 37 de Álvarez, pero no se pudo. Se lo recuerdo y destaca que su contribución fue de todas maneras importante en ese partido: "En el gol de Elías me llevo la marca y él aparece en el segundo palo". Remata diciendo: "Si todos me séguian a mí".



Se sabe trascendente y responsable importante de ese título. Como no, si hizo 35 goles y apareció con su especialidad en los partidos donde más se le necesitaba. Cuando perdieron el invicto con Unión y luego cayeron con Coquimbo, Fabbiani se echó el equipo al hombro. Contra Rangers marcó 5 goles en un partido que vencieron 6-0 y recuperaron la senda hacia el campeonato. En los partidos finales respondió con lo que era su esencia. Marcó dos goles en la fecha 31 en la contundente victoria 4-1 a Everton. Luego, en la fecha 32, anotó de penal para ganar 2-1 a Huachipato en Las Higueras. En la penúltima fecha hizo el gol del empate con la Universidad de Chile, que los dejó con la primera opción para ser campeones, dependiendo sólo de ellos mismos.

Oscar Fabbiani es un gran tipo y reconoce a todos sus compañeros en su justa medida. Sabe que se merece los halagos, pero como gran jugador de fútbol sabe también que no se puede ganar solo. Que todo lo inmenso que hizo tiene mucho de méritos compartidos, de esfuerzos comunes y de trabajo constante. Para él esas fueron las principales razones del campeonato. Una mezcla de grandes jugadores y buenas personas, todos unidos por un objetivo común.

De todos sus compañeros guarda un lindo recuerdo, pero claramente tiene a sus preferidos. A Manuel Araya y a Sergio Messen, que ya partieron, los recuerda con singular aprecio, como también a su regalón, Edgardo Fuentes. Del "Loquito", como se refiere al arquero fallecido en 1994, dice: "Como jugador y persona fue los más grande



que he conocido en el fútbol". Al compañero de zaga de Don Elías, lo define así: "Un flaquito que surgió desde abajo, que triunfó en todos lados donde jugó". Me cuenta que siempre que Edgardo Fuentes viene a Chile, se juntan y reviven esa amistad de tantos años. De Messen dice que "era extraordinario como persona" y que "ayudó a todos los cabros".

Sus compañeros reconocen a Oscar Fabbiani como un jugador extraordinario, que hacía goles de todos los tipos y les solucionó varios partidos problemáticos. Recuerdan que no sólo tenía talento para jugar, también una fuerza descomunal. También mencionan su gran calidad humana. Manuel Herrera contesta rápidamente cuando le pregunto quién era el amigo de todos "Por lejos, Oscar Fabbiani". Se preocupaba de todo y de todos sus compañeros. Eso queda en evidencia cuando se emociona, y mucho, al recordar que no pudo ayudar más a su "Loquito" querido. Aun le duele el desenlace fatal y es la gran pena de ese Palestino que tanto ama y que lo hizo tan feliz.

Oscar Fabbiani es el cuarto de 12 hermanos, en una familia donde nunca sobró nada. Su padre trabajaba vendiendo tierra de hoja, recuerda describiendo con nostalgia esos años de esfuerzo y sacrificio. Confiesa: "Muchas veces me levantaba a las 5 de la mañana a trabajar con mi viejo y luego me iba a entrenar". Como anécdota cuenta que, con la tierra de hoja de su viejo, hicieron el jardín en la embajada chilena y también el de la casa de Palito Ortega. Noble y generoso, nunca ha olvidado sus orígenes, y una vez que empezó a triunfar en el fútbol, lo primero que hizo fue comprar una casa

para sus padres y ayudar a toda su numerosa familia. Recuerda con orgullo que sus padres estuvieron apoyándolo cuando jugó por la selección de Chile en la cancha de Vélez. "Es más", me dice, "todo el barrio estaba allá".

Sus años de triunfos y goles los resume así: "Lo más lindo de ese campeonato fue la alegría que le dimos a la gente de Palestino". Oscar Fabbiani tiene un cariño muy especial por la hinchada de la colonia. Sabe de sus sufrimientos y de sus problemas. Por eso su doble satisfacción con el campeonato de 1978. Primero, por ser campeón y goleador. Segundo: "por ver a toda esa gente eufórica disfrutando del campeonato".

El cariño es recíproco. El locutor oficial, en ese partido del 2019 entre Palestino y Alianza de Lima, pide un aplauso especial para el goleador que está en el estadio y que tiene una tribuna a su nombre en el reducto de La Cisterna. Se escucha el nombre de Oscar Fabbiani y el aplauso es generalizado. No importa la edad de los hinchas de Palestino, todos se levantan, se unen generaciones y los recuerdos se hacen uno. Se lo merece y se lo ganó, así como esa nacionalidad que lleva y que no cambiará jamás.

Capítulo IX

“KEKO” MESSEN



Hasta hoy, pasado más de 40 años, alguno de mis tios me sorprende llamándome con el apodo que tenia cuando era un niño. Sí, durante los años gloriosos de Palestino, para ellos yo era el "Keko". El apodo era por Sergio Messen, el grueso y bigotudo volante o delantero palestino, que jugaba de 9 o 10, según las circunstancias del partido. Lo que no variaba era esas sociedades letales que formaba con Manuel Rojas y los delanteros del equipo baisano.



No sé qué fue primero, mi apodo por parecerme a "Keko" o, dado el apodo, que me quise parecer a él. Lo cierto es que terminé jugando como el "Keko", en esa posición de 9 y medio, que Sergio Messen perfeccionó para ser el socio de todos en la Universidad Católica, luego en Colo-Colo donde fue sub-campeón de América con el mítico Colo-Colo 73, y finalmente en la máquina tricolor desde 1974 hasta su retiro en 1981. En el campeonato del 78, "Keko" jugó 29 partidos sin hacer goles, pero con una gran trascendencia dentro y fuera de la cancha. En 1977, jugó 31 partidos y fue el segundo goleador del equipo con 9 tantos.

¿Cuál fue el secreto del éxito de Palestino? "Keko" no eludía el desafío de la pregunta y tenía su opinión aun antes de dar la vuelta olímpica. "Es un excelente plantel. Sinceramente el mejor que he conocido en mi carrera de jugador", dijo en una edición de la revista Foto Sport. También tuvo palabras de elogio para el técnico: "Caupolicán Peña trabaja muy bien. Él sabe y domina su profesión. Le entendemos lo que nos dice. Es un idealista y enamorado de su profesión".

Para Sergio Messen, el fútbol lo era todo. "Puedo estar sin mujeres, sin comer, sin dormir, pero nunca sin fútbol", declaró a Foto Sport en septiembre de 1978. El mismo reportaje consigna cómo "Keko" se transformaba cuando entraba a la cancha: "Dentro de la cancha,

polémico, controvertido, aun cuando nadie dude de su calidad. Fuera de ella, apacible y tranquilo". Se veía un tipo serio, casi enojón, pero era sólo una máscara exterior. El recuerdo de todos es que era una gran persona, un tipo muy correcto y cercano cuando se requería. Tenía mala fama en la época, pero más por los estereotipos que por rasgos reales de su personalidad.

Era muy crítico de cómo se trabajaba en las series menores, "los de Palestino, por ejemplo, entrenan en una cancha de tierra y piedras, sin agua caliente, sin atención de ningún tipo. ¿Qué motivaciones se les puede ofrecer a esos niños?", declaraba en 1978. Haciendo una analogía con el sistema educacional chileno, se adelantó a fenómenos sociales que estallarían décadas más tarde: "el fútbol es como la educación. Si no tenemos buenos colegios, no tendremos buenos universitarios, ni menos buenos profesionales", aseveraba en el reportaje de Estadio.



Para los jóvenes del plantel, Sergio Messen no era sólo uno de los más experimentados, era también una ayuda, un consejo y una mano a quien recurrir en los momentos difíciles. En eso, la cancha no es muy diferente de la vida: si cuando la presión apremia y algunos se esconden para no tenerla, para no perderla, o arrancan hacia terrenos irrelevantes donde escasea la marca y gobierna la confortabilidad. Existen otros que la piden y corren riesgos. Socorren a los que no tienen la experiencia ni la personalidad que dan las batallas ganadas y, mucho más, las batallas perdidas.

"Keko" era de estos últimos, de los que la piden más cuando está más complicado el partido. Afuera de la cancha, en el diario vivir, no podía ser diferente. Como lo resume el Cholo Simeone en un video que emociona e ilustra lo difícil que es ser distinto dentro y fuera de la cancha: "Muchos dicen, en mi casa soy de una manera y en

el fútbol soy de otra... ¡Mentira!". Y remata: "Si vos sos noble, sos noble. Si sos traidor, sos traidor." Tal vez la personalidad de algunos cambia en la cancha, pero no se puede ocultar la esencia.



A Sergio Messen todos sus compañeros lo recuerdan con respeto y cariño. Edgardo Fuentes, uno de las jóvenes del equipo, rememora que "Keko" lo ayudó muchísimo y está muy agradecido de sus consejos. Me cuenta: "Era un líder positivo y te orientaba muy bien". Manuel Herrera me señala lo importante que fueron "Polilla" Espinoza y Carlos Araneda, quienes lo pasaban a buscar y lo aconsejaron en sus inicios. No obstante, el recuerdo de lo que Sergio Messen representaba para todos no resiste comparación. "Él y Manuel Araya eran las mejores personas que conocí. Te ayudaban y te conversaban sin que uno se los pidiera".

En la revista del club, ya en 1975, se mencionaba: "Ha dado ejemplos de buena convivencia, ha hecho importante contribución de sugerencias constructivas". Enfatizaban su aporte integral, señalando: "Si el jugador fue decisivo en muchos resultados, el hombre lo fue en la solución de problemas". Entre sus características, destacan su regularidad, entrega, inteligencia, identificación con el club y su espíritu de colaboración y humildad.

Ahora, el "Keko" es solo parte de los recuerdos de todos. Messen ya no está para pedir la pelota y tirar la pared, ni para corretear rivales si la situación lo amerita. Menos está para la entrevista de rigor. Sergio Messen se fue un día 1 de enero del 2010, cuando tenía 60 años. Decían que había sido un asalto, otros que fue un suicidio. La verdad es algo siempre difícil de establecer. La única verdad es que no está y que el fútbol perdió tempranamente a uno de los exponentes más queridos de ese Palestino campeón.

Capítulo X

MANOLITO ROJAS



Melena azabache, zurda misteriosa, tapadón de Ubaldo Matildo Fillol y chilena de Castec, talento, criterio y partidazo en el lance final del título del 78. Un zurdazo sorpresivo para abrir la ruta y desborde letal en el autogol de Pacheco, lo que terminaba por cerrar el partido y el campeonato. Esos son mis recuerdos de Manuel Rojas, unos de los mejores volantes creativos que ha tenido Chile en las últimas décadas.

Ahora es Manny, vive en los suburbios de Chicago. El azabache se tiñó de gris, pero no ha cambiado mucho. Manuel Rojas sigue siendo un tipo respetuoso, criterioso, tranquilo y ordenado. Ideal para la vida gringa, lejos de la bulla, de los múltiples compromisos familiares, de las preguntas incómodas e impertinentes. Me dice que no iban a quedarse en Estados Unidos cuando se fue el año 1983 a jugar en la liga norteamericana, pero finalmente lo hicieron. Primero, los hijos crecieron y se hacía complicado el retorno. Luego, nacieron los nietos y ya no volverán. Vienen poco a Chile.



Los talentosos generalmente son complicados. Se saben imprescindibles y se lo hacen notar al resto. Son inestables, nadie puede ser un genio todo el tiempo. Tienen mal carácter, no toleran la equivocación. Un mal pase lo ven como un insulto. Una asistencia es una obligación. Viven mirando ese espacio donde filtrar un balón, viendo lo que los mortales no vemos, sintiendo como alguien pasa sin necesidad de mirar y poniendo pelotas en lugares increíbles.

Manuel era ese talento, el pase preciso, la zurda elegante, la cabeza elevada y el socio de todos. Pero de complicado no tenía casi nada, en eso no era un talentoso clásico. En una nota titulada "El Diminutivo Le Quedó Chico", la revista Estadio lo describe como "Anticonflictivo por naturaleza. Zurdo para chutear, derecho para comer, zurdo para hacer fuerzas, derecho para escribir. Y en la cancha, habilidad y visión".

"Popeye" lo ha dicho varias veces: "Con el 'Keko' y Manolito, era fácil ser goleador". Además, recuerda Fabbiani, "Manuel era extraordinario. Te ganaba en todos los juegos que le enseñabas. Tenía talento para todo". Rojas devuelve la gentileza, como en la cancha, como si fuese una pared, y recuerda lo fácil que era jugar con un goleador como Fabbiani.

Sus recuerdos de Palestino parten el año 1971, cuando se fue a probar con un par de amigos del barrio. Quedó con otro, pero solo él siguió. De esos inicios es la amistad con Guido Coppa, otro menudito que jugaba y guapeaba en el medio campo. Como todos en la vida, creció en los hombros de un gigante, Rubén Marcos, quién lo protegió y lo apoyó en sus primeras citaciones. Manolo lo reconoce y tiene palabras de agradecimiento hacia el osornino, miembro destacado del ballet azul.



Recuerda sus inicios en el campeón del 78 y me cuenta: "Venía de una familia humilde y, por el fútbol, no tuve mucha educación". Me dice que tiene un agradecimiento enorme por lo que le enseñó Nestor Isella, el técnico que lo hizo debutar en primera. Sabe que para ser realmente un triunfador no sólo hay que ser bueno con la pelotita, sino

también crecer como persona.

Me imagino que la baja de pecho, sin que siquiera se le escape unos centímetros, que la controla con esa zurda elegante y cautivadora, que la pone contra el piso y piensa lo necesario para culminar, como en la cancha, con un remate inteligente. No me defrauda: "El recuerdo y cariño a Nestor es porque no sólo se preocupaba de que jugáramos bien, nos enseñó a ser mejores en todo, hasta a vestirnos y a saludar".

Luego de su debut en 1973, se adueñó de un lugar en el mediocampo del equipo tricolor. Ese campeonato jugó 28 partidos, marcando 6 goles. Fue el segundo goleador del equipo, detrás del "Polilla"

Espinoza. En los primeros partidos de esa temporada, Edgardo Marín ya lo destacaba en revista Estadio como: "un 10 despierto, vivo, de buena técnica, astuto y creador, que es quien en definitiva bate el merengue de los tricolores". En el campeonato de 1974 estuvo en 33 encuentros y se hizo presente con 6 goles. Sus buenas actuaciones



lo llevaron al poderoso América de México el año 1975, donde no se afianzó como indiscutido. Además, la devaluación del peso mexicano no contribuyó a que hiciera mayores esfuerzos por quedarse. El llamado de su amado Palestino aceleró todo y se vino para el campeonato del 77, donde coincidió con la llegada de Elías Figueroa y el convencimiento que el campeonato se podía ganar.

Le pregunto si con la llegada de tantos buenos refuerzos la meta era ser campeón. Me dice: "Nunca se puso como meta, ni dijimos ahora sí". Recuerda que sabían que tenían jugadores para pelear el campeonato, pero había otros equipos también poderosos y generosos en plantel. Había confianza en la calidad del equipo y me señala: "Además, teníamos a Don Caupolicán, que con su manera de prepararnos y mirar el fútbol nos daba un extra que otros equipos no tenían".

Para Manuel, la conducción de Don Caupo fue fundamental para lograr el título. Me cuenta que no se preocupaban mucho del rival. Su mayor foco estaba en potenciar sus virtudes y darles alternativas para el partido del domingo. Recuerda cómo practicaban el cruce de los delanteros para darle opciones a los volantes. Luego eso lo hacían en la cancha y los reconfortaba reconocer que resultaba en los partidos.

Los talentosos como Manuel Rojas, que son buenos dentro como fuera de la cancha, no necesitan hablar mucho para ganarse el respeto de sus compañeros. No requieren mandar recados por los diarios, ni polemizar con los rivales o alardear de personalidad con



reclamos desmedidos a los árbitros ni a sus técnicos. Hablan más con la pelota, ahí donde se necesita. Este tipo de talentoso, cada vez más escaso en las canchas actuales, donde se corre y choca en lugar de pensar, tienen algo especial. Debe ser la tendencia al juego colectivo, a buscar más la pared y la asistencia que el protagonismo individual de los soberbios, lo que les da una perspectiva que otro tipo de talentosos no tienen.

Manuel habla poco de sí mismo, cuenta más del equipo y el gran grupo que formaron. Imposible sacarle una frase auto-referente, ni menos de lo importante que fue él en ese título. Tampoco de lo trascendente que fue en ese último partido del campeonato. Manolito Rojas jugó 33 partidos de ese torneo, fue el segundo goleador del equipo con 9 tantos y marcó en momentos críticos. En el partido final con Colo-Colo, abrió la ruta del triunfo con un gol de tiro libre y la cerró con un desborde por la derecha, donde su zurda mágica buscaba el gol número 36 de Fabbiani. No fue así, el destino quiso que fuese la pierna de Pacheco.

Manuel Rojas es un tipo generoso también fuera de la cancha, donde es más importante. Tuvo tiempo y ganas cada vez que lo contacté, aunque el mismo reconoce que atesora menos recuerdos que su cuñado Guido Coppa. Me dice "Han pasado muchos años. La vida del futbolista se pasa demasiado rápido". Al ir cerrando nuestra primera conversación, me tiró una pared al dejarme invitado a visitarlo en su casa nueva en los suburbios de Chicago. Me quiero transformar en Fabbiani o Pedro Pinto y picar para rematar la historia. El tiempo y la pandemia dirán si terminaremos esta pared con el talento de Palestino 78.

Capítulo XI

EL CAMPEÓN QUE NO DIO LA VUELTA



¿Te sentiste igual campeón, aunque ya no estabas en el equipo? Luego de varios minutos de conversación, lanzo la pregunta directamente. Guido Coppa me mira y sonríe, empieza a contestar con un recuerdo: me cuenta que el año 1977 lo terminó jugando de titular, pero como puntero derecho. Se lo había pedido Don Caupolicán y no se podía negar. Me dice que a los veinte y tantos, uno quiere jugar donde sea, más si es difícil entrar en un plantel muy parejo y competitivo, donde nadie daba ventajas.

Guido Coppa llegó a la primera infantil de Palestino en 1970, luego de haber estado en Audax Italiano, que por su ascendencia pensaba era el lugar natural donde desarrollar su pasión por el fútbol. Incluso, me cuenta, sus tios abuelos Celestino y Domingo Fruttero fundaron la rama de fútbol del club en 1921. Luego de ir a Universidad de Chile, con su amigo Héctor Hoffens, y a Unión Española, sin buenos resultados, su padre le consiguió una prueba en Palestino con Humberto Díaz. Me relata: "Jugaba de 9 y me entendí inmediatamente con Manuel Rojas. Hice varios goles ese día y Felix Magaña, técnico de la división, me dijo que me quedaba con ellos".

Coppa debutó oficialmente en el torneo de 1973, jugando 16 encuentros de ese campeonato. Recuerda que su primer partido fue con Universidad de Chile en el Santa Laura, con Nestor Isella como técnico. Lo llevó el partido anterior, con Antofagasta, a la banca y le dijo: "Lo cité para que esté a mi lado y vea como quiero que juegue". Tiene palabras de agradecimiento para Isella por todo lo que les enseñó, por su corrección y la disciplina estricta que imponía.

Fue campeón de las Copa Chile de 1975 y 1977, en la primera como parte del elenco titular en el triunfo 4-0 a Huachipato en la final. Recuerda la final del 75 como uno de sus mejores partidos en el club. "Les dimos un baile", me dice. Así también, rememora los partidos de la Copa Libertadores de 1976, donde no clasificaron a la siguiente fase, pero le dieron dura pelea a los uruguayos de Nacional y Peñarol. En su último año en Palestino, la temporada 1977, jugó 24

partidos en el campeonato nacional y 8 de la Copa Chile, marcando en ambos torneos un gol.



Don Caupolicán describía a Guido Coppa de la siguiente manera en la revista del club: "Por sobre todo dinámica; buen manejo de la pelota, visión certera de la cancha. Se deja llevar por su fervor y no sabe dosificar". Luego de un partido con Everton hacia finales de 1976, Estadio

realzaba las virtudes del volante: "De los cuatro mediocampistas que ha parado Palestino, Coppa-Dubó-Messen-Zelada, sólo el primero, el siempre ineludible y movido Guido Coppa, pone velocidad, entrega pronta, sin exceso de elaboración".

Terminaba el campeonato del 77, con Palestino en tercer lugar detrás de Unión Española y Everton, y el plantel se aprestaba para jugar la ligüilla de clasificación a la Copa Libertadores, en los años en que esa copa se ganaba jugando tanto dentro como afuera de la cancha. Guido no entendía cuando miró la nómina para el partido inicial de la ligüilla y no estaba su nombre. Habló con Don Gustavo, el ayudante de Caupolicán Peña, y no hubo razones, o el paso del tiempo las dejó en algún lugar. Se llenó de rabia e impotencia, pero no tenía nada más que hacer.

Recuerda que lo llamó "Consomé" Oyarzún y le dijo que lo quería en O'Higgins. La oferta económica era buena y unida a la desazón de no ser considerado en la ligüilla, tomó la decisión que lo dejó sin dar la vuelta olímpica con el club que lo vio nacer y donde debutó profesionalmente. "Cosas de la vida", rememora Guido. Finalmente, "Consomé" no se va Rancagua y firma en la Universidad de Chile. Lucho Santibáñez es quien se hace cargo de O'Higgins. Por esas cosas de la vida, luego que Caupolicán Peña lo borró, Coppa se fue a jugar en el equipo del enemigo ideológico de su ex técnico.

Me cuenta que se casó para ir a Rancagua. No se iba a ir sólo a esa ciudad. En esos tiempos, dice: "Salir de Santiago era como irse a vivir a otro país". No pensó que se quedaría un período tan prolongado en el equipo rancagüino, pero al final fueron 8 años. Orgullosa del reconocimiento de los hinchas, Guido Coppa está en el equipo de O'Higgins de todos los tiempos. Como no, me lo recita de memoria y me cuenta algo de cada uno de quienes lo acompañan en el podio del "Capo de Provincias".



Le decían Petete y le hace honor a su apodo. Manuel Rojas, como en la cancha, no se equivocó al decirme: "Tienes que hablar con Guido". Guido Coppa es un libro gordo: recuerda nombres de jugadores, equipos completos, fechas y goles. Evoca esos largos viajes en auto para las vacaciones con sus amigos futbolistas. Con especial cariño habla de Oscar Fabbiani: "Lo hacía todo bien. Tenía talento y una fuerza descomunal". Según Guido, esa fuerza había sido labrada por "Popeye" al trabajar desde muy pequeño en el negocio de tierra de hoja de su padre, ahí cerca de Ezeiza, donde una vez llegó en auto desde Chile con su padre, Mario Caneo y Pancho Fairlie para visitar al tri-goleador.

Guido se nota un tipo noble, así me lo confidenció Manolito Rojas, su cuñado y amigo. Es un tipo que no tiene rencores. Me dice: "Palestino es mi casa, O'Higgins es mi hogar". No le pregunto, pero estoy seguro que gritó y celebró el 3-1 a Colo-Colo. Tampoco indago en eso, pero imagino que Coppa derramó hasta un par de lágrimas viendo que su amado Palestino era campeón y su amigo Manuel era la figura en ese partido final.

Recorrieron con Manuel Rojas el camino juntos, desde la primera infantil hasta debutar en primera división. Fueron campeones en las

series menores y de la Copa Chile con Palestino. Siguen siendo amigos, son cuñados, casi hermanos. Hablan seguido, Guido conversa todos los días con su hermana. Los ha ido a ver a Chicago, pero a Guido no le gusta la vida de gringos. Mucha tranquilidad, mucho respeto, pero poca amistad y poco cariño. Los vecinos no se conocen y si lo hacen es sólo para el Día de Acción de Gracias, donde en torno a un pavo y comidas típicas, comparten como si fuese una obligación compartir. Se acaba el día, se termina la amistad y se vuelve a la fría normalidad y al aburrido orden.

El apego de Guido a sus afectos hizo que no siguiera los pasos de Manuel Rojas cuando se fue a México. Me cuenta: "Encontré la carta de Manuel donde me decía que el Cruz Azul me quería llevar y que Alberto Quintano le había preguntado por mí". No se entusiasmó. Era muy regalón de su familia por ser el hijo menor. Además, no tenía una necesidad imperiosa de irse. Luego tuvo la posibilidad de jugar en el Monterrey con Fernando Riera, pero tampoco se concretó. Me confiesa: "Les pedi una cifra para que me dijeran que no".

Lo veo salir, luego de una hora generosa de recuerdos y nostalgias. Tiene que volver a trabajar. Se despide diciéndome, "gracias amigo", como también me ha tratado en sus mensajes de whatsapp. Estoy seguro, acabo de conversar con un campeón que no dio la vuelta olímpica, pero fue tan feliz como esos que estuvieron la tarde del 25 de noviembre de 1978 en el Estadio Nacional.

Capítulo XII

LEYENDA





Se vino de su natal Ovalle y jugaba de nueve. Era goleador. Incluso escoltó a Fabbiani como artillero en la zona norte de la Copa Chile en 1974. Recuerda que don Lucho Santibáñez se lo trajo a Unión Española y estuvo entrenando un par de meses ahí, pero terminó de seis en el equipo campeón del 78, donde fue once años capitán. Lo repite con orgullo, se sabe un referente, un líder. Según dice, "porque siempre quise ganar".

Parece más serio de lo que efectivamente es, aunque es cierto que se fastidiaba seguido. "Se enojaba sólo", me han dicho varios. No importaba, todos sabían que era así y se ganó el respeto de sus compañeros. Se emociona al recordar y agradece varias veces. El paso del tiempo es poco amigo del reconocimiento y Rodolfo Dubó no lo pide para él, lo exige para sus compañeros. Para todos los que, como él, son leyenda.

Su seguridad se transmitía en la cancha. Robaba balones y se hacía sentir. Era uno de los que gritaba y ordenaba. Lo imagino el D.T. dentro de la cancha, ese lugarteniente que miraba a Don Caupo y sabía qué instrucción dar, qué relevo corregir. "Don Caupolicán fue un adelantado", me dice. Confirma lo que muchos otros han mencionado: "Nos hacía presionar en toda la cancha". Para ello, reconoce, la labor del profe Ahumada era fundamental. Las pretemporadas eran muy duras y recuerda las subidas en Colina. Ahora se los agradece. Estaban mejor preparados que todos y no se lesionaban nunca.

"¿Ud. ha jugado de seis?", le preguntó Caupolicán cuando aún no debutaba. "Por supuesto", le respondió, seguro y confiado. Quería jugar y si era de volante de contención, venga esa camiseta. Jugó bien, hizo un gol y le comenzó a pelear la camiseta a un histórico como el "Keko" Ramírez. Un percance del "Keko" un sábado y el ovalino Dubó agarró la camiseta de titular y no la soltó más.



Su palabra clave es convencimiento. Se le nota. Se lo propone y lucha tenazmente por el objetivo. No hay pausa, no hay excusas, el Rolo no sabe de trabajos a medias. No estaba sólo en esa parada. Don Caupolicán, Fabbiani, Don Elías y Messen, por nombrar a los más emblemáticos, compartían ese sentimiento. En el campeonato de 1977 habían estado cerca, iban por más y lo dejarían todo. Me cuenta que, si el partido se complicaba, cambiaban estrategia: "Elías se iba de 9 a buscar el

cabezazo, Jorge Zelada entraba a desbordar y yo me iba de libero". Así, me dice, "remontamos dos partidos claves en el camino al título". Para Rodolfo Dubó, "la llegada de Lazbal fue fundamental" para lograr el título. El argentino y Pedro Pinto hacían un trabajo táctico extraordinario. Eran los punteros, los wines antiguos, de desborde y centro atrás, de recorrido infernal, de tapar la subida del lateral rival. Además, su amigo Pedro Pinto tenía gol.

Respecto al equipo, relata: "Jugábamos un 4-3-3, con un solo contención". En ese esquema, Dubó era en teoría el único que recuperaba. La práctica decía otra cosa, pero él sobresalía en el arte de robar y entregar bien. Así lo expresa Danilo Díaz en el libro en que Dubó está en la selección de los mejores jugadores chilenos en 8 décadas: "Poseía el don de la ubicación y el criterio para entregar pronto la pelota a los que manejaban los hilos". El técnico Peña, al convocarlo como invitado a la selección que se preparaba para las Eliminatorias de Argentina 78, lo describe así: "Es un jugador dúctil que todo entrenador necesita. Capaz de desempeñarse en cualquier puesto y con sentido táctico para desarrollar cualquier misión. Es, además, un jugador que no se achica en ninguna circunstancia".

Siente que lo dio todo por su Palestino amado. Cuando la quiebra era inminente le entregó la solución al presidente Hassan: "Véndame a la

Leyenda

U". Se fue a la Universidad de Chile, pero volvió, porque su casa era Palestino y ahí quería terminar su carrera. Así también, recuerda, fue a pelear el descenso a Antofagasta, aunque le debían dos meses y el mundial del 82 estaba a la vuelta de la esquina. No importaba nada, ni el riesgo de lesionarse. Para él había que ir y dejarlo todo por su equipo amado.

Me confiesa: "Tal vez ahora no iría, lo pensaría", pero no me lo imagino inventando una excusa, borrándose, pensando más en él que en el equipo. No, eso es imposible. Dubó por algo es leyenda, por algo una tribuna lleva su nombre, por algo es el que más jugó en Palestino. No se borraría, porque si lo hiciera no sería él. La columna vertebral del campeonato no tenía nombres propios, se llamaba convencimiento. Una de esa vertebras, si tenía nombre, vino de Ovalle y se llama Rodolfo Dubó.



Capítulo XIII

EL JUGADOR NÚMERO 12



Varios equipos dejan en la banca una carta que usan recurrentemente y Palestino 78 también la tenía. Por razones estratégicas, incluso algunas cabalísticas, son suplentes que saltan casi siempre a la cancha a resolver problemas o hacer la función que el reemplazado no está cumpliendo bien. El cambio siempre es muy parecido y necesita de esa recurrencia que molesta al que sustituyen. "Siempre me saca a mí", es la queja del excluido. El reclamo también viene generalmente del que entra: "Así es imposible agarrar confianza".

Jorge Zelada, formado en Universidad de Chile, llegó a Palestino en 1976. Ese año estuvo en 27 partidos y en 1977, en 21. El año de la vuelta olímpica participó en 31 encuentros. Dos características comunes tienen esos años. Primero, hizo exactamente la misma cantidad de goles en los tres campeonatos: dos en cada uno. Segundo, era el suplente que entró casi siempre. Jorge, sin embargo, no se queja. El hecho de haber sido campeón lo borra todo.

Lo escucho hablar de su condición en ese equipo, pausado pero enérgico. Tiene muy claro su rol y su importancia. Sabe que no fue la figura. Que su rol fue menos determinante que los goles de Oscar Fabbiani, su compañero de cuarto en las concentraciones, y que tampoco alcanza la dimensión inconmensurable de la seguridad defensiva y de calidad que imponía la presencia de Elías. Sin embargo, está consciente que su aporte no fue mínimo, que su entrada, generalmente en reemplazo de Messen o Rojas, le daba aire y variedad al equipo, y que varios puntos se ganaron gracias al ingreso del número 12.

En una entrevista en revista Estadio el año 1979, Jorge Zelada analizaba su rol como alternativa en el equipo campeón. Habiendo salido de la U como figura, confesaba que le afectaba no entrar de titular en Palestino. Señalaba al respecto: "Ya más calmado entendí que también podía ser importante. Porque si al cabo de una campaña uno está presente en más de treinta partidos no se puede quedar totalmente disconforme". Al considerar las oportunidades que se le abrían con la partida de Fabbiani a los Tampa Rowdies, declaraba:

"Mi ideal es cumplir siempre al máximo en las circunstancias que sean".

Jorge es muy sereno, pero muy firme en sus opiniones. Tiene muy claro a qué jugaban. Me cuenta: "Jugábamos a ganar, nunca a meterse atrás. Buscar el balón y recuperarlo rápidamente. En todos los sectores". Considera que la virtud de Caupolicán Peña fue idear una dinámica de juego que era eficaz



y vistosa: "Éramos un equipo rápido, que siempre iba al ataque". Como titulado del Físico de la Chile, le da una alta preponderancia a la capacidad física del equipo y a los trabajos de pretemporada. También señala con firmeza que para lograr el objetivo es necesario el convencimiento grupal, que no haya espacio para personalismos disruptivos. "Se generan problemas si alguien piensa diferente, rema para el otro lado y quiere jugar a su pinta", declara.

Le recuerdo que en el partido con Colo-Colo bastaba el empate para superar la tenaz cacería de Cobreloa y ser campeones. ¿Los predispuso de alguna manera? ¿Hubo instrucciones especiales del Directo Técnico? Jorge se apura en responder y me dice que no hubo nada de eso. No habría sido posible. Tenían certeza, convencimiento y salieron a hacer lo de siempre. No parece ser muy amigo de la obsesión Bielsista por ver videos de los rivales, tampoco lo era ese Palestino. En la semana no se hablaba mucho de los rivales, salvo casos especiales que fueran dignos de una preocupación mayor. Me cuenta: "Un Valdivia podría haber sido, uno que te mete un par de pelotas de gol por partido". "En esos años, había varios muy buenos", comenta, "pero ninguno como el Mago".

Jorge Zelada no es muy amigo de la sonrisa, ni siquiera cuando recuerda el título con Palestino. Aun cuando se confiesa chuncho hasta los huesos, señala que el campeonato de 1978 fue lo más lindo



que le pasó en el fútbol. "Nada se iguala a ser campeón. Es lo máximo que uno aspira, sobre todo si es con el estadio lleno", me cuenta. Si sonríe cuando le pregunto por su socio en ese equipo. No lo duda, Rodolfo Dubó es su amigo hasta el día de hoy. La sonrisa se mezcla con el dolor cuando recuerda a Manuel Araya: "Era un amigo extraordinario. Muy de piel". La mención a Ricardo Lazbal lo hace sonreír de nuevo. "A ese lo hicimos chileno", remata.

Jorge Zelada no volvió a ser campeón. Pertenece a esas varias generaciones de futbolistas azules que no dieron la vuelta olímpica. Esos de la terrible maldición que el penal de Pato Mardones exorcizó luego de 25 años en El Salvador. También pertenece a esa extraña raza de jugadores número 12 que tienen que estar listos para entrar cuando el D.T. lo decida, generalmente, cuando el resultado es adverso.

Con serenidad y responsabilidad, Jorge Zelada se tomaba muy en serio su papel. No era de estridencias, ni de carrerones destemplados para mostrarle al D.T. lo equivocado que estaba al no incluirlo en la oncenita titular, ni menos de remar para un lado distinto. Es fácil respetar, apoyar y contribuir al grupo humano siendo titular y ganando partidos. Jorge prefirió lo más difícil. Fue vital desde la suplencia, desde la mezquindad de los minutos jugados y desde la escasez de portadas y flashes.

Capítulo XIV

EL APRENDIZ





Recuerda que en su pieza tenía unos posters, los de la mejor pareja de centrales de la historia futbolística de Chile. Uno era de Alberto Quintano, el otro era de Elías Figueroa. "Imaginate lo que fue para mí llegar a jugar con él", me cuenta desde su casa en México. Don Elías, con años de maestría en el área, lo orientaba y aconsejaba. Lo instó a ser constante y no quedarse con la satisfacción de llegar a la titularidad. Fue certero y preciso en su petición, casi imposición. Recuerda que le dijo: "Hazme caso en todo lo que yo te diga". El "Flaco" Fuentes lo hizo y se convirtió en uno de los más jóvenes, además uno de los pocos jugadores formados en casa, que le dieron su segundo título a Palestino.

Todos tenemos a alguien en quien inspirarnos y aprender en nuestras profesiones y oficios. Sin embargo, no todos tienen la fortuna de conocer y aprender de su ídolo personalmente, ni mucho menos de jugar con él y además ser campeones. No siempre el aprendiz supera al maestro, incluso parece ser la excepción más que la regla. No todos responden ni están a la altura del desafío. Edgardo Fuentes sí lo hizo.

Para Rodolfo Dubó, el "Flaco" se podría describir como: "Un alumno avezado en todas las cosas que se le enseñaron. Tuvo en Elías a un buen maestro y él aprovechó todo eso". Edgardo recuerda que recibió de Don Elías consejos técnicos y tácticos, lo cual le sirvió para afianzarse en un equipo de gente muy experimentada.

También rememora que, luego de los entrenamientos, se quedaban a cabecear con Don Elías y seguir aprendiendo de él. ¿Cómo iba a desaprovechar la oportunidad de aprender del "tiempista" quien, con un cabezazo certero, le dio un título al Internacional con un gol iluminado?

Palestino 78 jugaba con un libero y un stopper. Fuentes iba a la marca del nueve rival y Don Elías los esperaba en el living de su casa. "No era fácil el trabajo en esos años, había varios centro-delanteros muy buenos en Chile", relata Fuentes. "¿Cómo quiénes?", le pregunto, invitándolo a rememorar esas jornadas en las que ganó duelos complicados. El primero que se le viene a la mente es el "Negro" Ahumada y sigue con Juvenal Vargas, centro-delantero de O'Higgins.



"También Julio Crisosto era muy difícil de marcar", me dice, "¿Y para qué decir Carlos Caszely?". De los extranjeros recuerda al argentino Jorge Américo Spedaletti, de largo recorrido por varios equipos en los 70s y 80s. "Había que estar muy concentrado", me dice. "No sólo por ellos, sino también porque la calidad de Elías obligaba a estar tan atento como él".

Edgardo Fuente llegó a Palestino de la mano de Gustavo Cortés en 1972, proveniente del club "Efraín Hurtado" de Quinta Normal, luego de un frustrado intento por jugar en Universidad Católica. A Don Gustavo, como le dice a lo largo de toda la entrevista, lo considera su padre futbolístico. Comenzó a jugar cuando el equipo hizo una gira a España el año 75. Recuerda que era tan flaco que "me soplaban y me tiraban". Más encima en uno de sus primeros partidos le tocó marcar al "Tanque" Álvarez. "Imaginate lo que fue eso", rememora.

Su debut oficial fue el año 1977 con Fernando Riera como técnico. Fue muy directo y sencillo. Le dijo: "Flaco, juegas el domingo". En una

entrevista a meses de su debut, titulada "El Guardaespaldas de Elías tiene Veinte Años", rememora la ansiedad de la vuelta a casa luego que Don Fernando le avisó de su debut: "Me pareció que no llegaba nunca y cuando abrí la puerta le grité a mi mamá: ¡El domingo juego en Los Andes con Trasandino! Mi mamá me abrazó y parece que algo me dijo, pero no lo recuerdo". La revista Foto Sport consigna sus recuerdos del debut y lo que le dijo Elías, su maestro: "Anduviste fenómeno, flaquito, vas a llegar arriba, no te preocupes, es cosa de tiempo y de cuidarse y no hacer leseras".

Respondió con creces a la confianza de Fernando Riera. Cuando retornó a dirigir el equipo, Caupolicán Peña lo confirmó como titular, pero no para compartir vestuario con los más avezados. Eran años en que había un camarín aparte para los más jóvenes. Un par de partidos no bastaba para estar con los grandes, había que ganarse el derecho y, finalmente, el "Flaco" lo hizo. Edgardo Fuentes fue uno de los que más partidos jugó en el campeonato de 1978, estuvo presente en 33 de los encuentros, sin goles ni expulsiones.

Fuentes jugó en Palestino hasta 1983 y se fue a México, donde desarrolló una brillante carrera. Fue campeón con el Puebla en la temporada 1989-90, en el recordado equipo del "Búfalo" Poblete y del "Mortero Aravena", y con el León en la del 1991-92. En el año 1992 volvió a Chile y fue campeón con Cobreloa, que era dirigido por José Sulantay y liderado por la capacidad goleadora del "Fantasma" Figueroa.

"¿Por qué tú llegaste y otros, la mayoría, se quedaron en el camino?", le pregunto. No lo piensa mucho y me cuenta que lo fundamental es que era muy apasionado por el fútbol. Recuerda que veía muchos partidos y seguía al equipo a todas partes. Otros aspectos que destaca son la disciplina y la perseverancia. Según cuenta: "Fueron años de mucho sacrificio. Incluso a veces no almorzaba para llegar a entrenar. Vivía muy lejos de donde practicábamos y tenía que hacer viajes larguissimos". Se ríe y me dice: "Calidad no sé si la tenía tanto, pero con mi pasión, llegué".



Del equipo se refiere como un grupo espectacular. Incluso, lo que no siempre se da, los más grandes ayudaban y aconsejaban a los menos experimentados. Recuerda que empieza a jugar dejando a Carlos Valenzuela en la banca y sólo tuvo palabras de apoyo de él. Su mejor amigo era otro joven, Manuel Herrera,

quien también era su compañero de concentración. Tiene un recuerdo especial para Oscar Fabbiani, uno de los grandes que lo adoptó como regalón y con quien mantiene una amistad que no ha sido mermada ni por la distancia ni por los años.

Sabiendo que es D.T., indago respecto a cómo jugaba Palestino. Me dice: "El equipo proponía, no especulaba. Se buscaba terminar la jugada y eran muy importantes las que denominábamos zonas de definición". Cuenta que un aspecto que enfatizaba Caupolicán Peña era la simplicidad. Dos verbos eran los más usados, tanto en los entrenamientos, como en el fin de semana: "Tocar y moverse". Para Fuentes, lo de la simplicidad es lo más complejo para algunos futbolistas. "Parece que lo más difícil es hacer lo simple". No era así en el Palestino campeón.

Para alguien nacido en el equipo, que recorrió horas y horas en micro sólo para entrenar, que vio a tantos llegar y casi igual número irse derrotados, que tuvo el orgullo de jugar al lado del idolo que iluminaba su pequeña pieza con un poster, y que, imagino, ni en sus mejores sueños pensó que levantaría una Copa en el Estadio Nacional, esos recuerdos deben ser difíciles de olvidar. No me equivoco. Terminamos la conversación y Edgardo Fuentes emerge en el área como le enseñó su maestro, concluyendo: "Son momentos imborrables. Un campeonato histórico. 44 fechas invictos. Muy difícil de lograr".

Capítulo XV

HASTA LAS ALMAS MÁS DURAS



Hay recuerdos anecdóticos imborrables, como esa vez que se sentó arriba del horizontal en medio de un partido o cuando aterrizó en un helicóptero en medio de la cancha con indumentaria árabe. También existen recuerdos más íntimos, que atesoran sus más cercanos en ese plantel, los que convivieron con ese "Loco Lindo" y que supieron de ese dolor que le apretaba el alma. Muchos de esos recuerdos se perdieron en el túnel del tiempo y en la frágil memoria de sus protagonistas, lo que no se ha perdido es el cariño y la pena que causa evocar al amigo que se fue.

El "Loquito" Araya llegó a Palestino en 1973, luego de un breve paso por Lota Schwager y habiendo sido parte del plantel campeón de Colo-Colo en 1970. Jugó en el equipo baisano hasta 1980, para luego volver en 1985. El portero obtuvo con Palestino, además del título de 1978, las Copa Chile de 1975 y 1977. Del campeonato de 1985 es el recuerdo de su entrada a la cancha vestido de árabe para el encuentro con Cobreloa. La revista Deporte Total consignaba las declaraciones de Araya respecto a su vestimenta: "Alguna vez en Chile alguien tiene que comenzar a hacer cosas, a salir de lo tradicional. Primero que todo, mi traje tenía una identificación plena con la colonia, con la institución y con el pueblo palestino; para mí fue un gran orgullo el haberlos representado".



El año 78 tuvo partidos brillantes para mantener el invicto y ser campeones. Fue figura en el 3-2 a Cobreloa en la primera rueda y su actuación impidió que los loinos se llevaran un mejor resultado. Uno de los encuentros más recordados es el triunfo 2-0 a Colo-Colo, que correspondió al partido 38 del récord, hasta hoy no superado, de 44 fechas invicto. Con una foto en la que Juan Carlos Orellana y Carlos Rivas lo saludan al final de ese triunfo, Estadio tituló "Lo Cortés No Quita Lo Valiente". Destacó la actuación de Manuel Araya señalando: "Se les impuso desde el comienzo con su seguridad, con su pachorra, con su personalidad. Hizo que alguna pelota difícil

pareciera fácil y que alguna fácil pareciera difícil, para regocijo de la hinchada palestina y desesperación de la adversaria”.

Manuel era uno de los líderes del equipo campeón y un guía para los más jóvenes, pero no siempre fue así. Tuvo que sufrir la salida de Colo-Colo, un paso por Lota Schwager y la suplencia en Palestino para madurar y compatibilizar su estilo particular con la misión de darle seguridad al equipo. En una entrevista en Foto



Sport declaraba: “Cuando me vine a Palestino, parece que hubiera llegado a mi casa, pero aun así me dejé estar... y así me puse en la flojera. Me confundí entre los mediocres”.

Cuando demostró con buenas actuaciones que podía ser titular, en 1977, señaló: “Saqué conclusiones y el único culpable era yo. No me concentraba. No trabajaba bien y entonces no me superaba”. Como un acertado presagio de lo que fue su campaña en 1978, indicaba: “Ahora que he tenido la oportunidad de volver a ser titular, demostraré que Manuel Araya no está terminado”. Así lo hizo, jugó 33 partidos del campeonato y fue la valla menos batida del torneo.

Como lo señalaba Foto Sport: “El arco de Palestino lo vio regresar más hombre, más serio, más arquero. Atrás quedaron los hábitos de sus locuras juveniles”. Lo que no cambió era la forma en cómo se concentraba para cada partido. “Coke” Contreras recuerda que alguna vez se acercó para darle ánimo y buena vibra para enfrentar el partido que se venía, pero recibió la mirada fría y seca de Manuel. Los jugadores más experimentados le dijeron: “Al ‘Loco’ no se le puede saludar ni animar antes de un partido”. Varios de sus compañeros recuerdan que Manuel Araya calentaba con pasos de box, imitando a Cassius Clay. Como Ali, pensaba y jugaba a que era el más grande.

Hay una vieja canción de Alberto Cortez que dice: “Cuando un amigo

se va, queda un espacio vacío, que no lo puede llenar la llegada de otro amigo". Imagino que esto refleja el sentimiento de todos quienes compartieron con el golero de Palestino 78. La partida de Manuel Araya en 1994, así como luego la de Raimundo Tupper, han calado muy hondo en quienes fueron parte de esos planteles y de los hinchas del fútbol en general.

La partida de un amigo es un dolor que se lleva siempre, que te acompaña en cada recuerdo, pero sobre todo en la culpa de las visitas que no hiciste, de las palabras que no dijiste, de las veces que no acompañaste y, en definitiva, de no haber hecho más por evitarlo. En esos años la depresión era una enfermedad menos reconocida, había menos sensibilidad, menos conciencia y menos empatía. Mucho menos si se trataba de profesionales exitosos, famosos, que viajaban a muchas partes, en buenos hoteles y mimados por los hinchas.

Manuel Araya refleja una de las ironías del fútbol: Ganar y no sentir la alegría del triunfo. Salir campeones y dar la vuelta fingiendo que se es feliz, que todo estará bien. Luis Alejandro Salinas lo ilustra lúcidamente en una columna perdida de Las Últimas Noticias, que encontré hurgando en los archivos de la Biblioteca Nacional,



y que se titula: "El Loco Araya, Un Solitario entre La Multitud". Una vez terminado el 3-1 a Colo-Colo, resalta que el portero: "Buscó rápidamente la soledad del túnel, dejando que la copa diera coquetamente la vuelta olímpica". Tal vez esa camiseta, la número uno, era para Manuel como la careta del payaso, solo un disfraz para ocultar su tristeza que ni el más brillante campeonato podía evitar.

Capítulo XVI

CENTRO DE LAZBAL Y GOL DE FABBIANI



El fútbol, como todos los deportes colectivos, requiere la conjunción de varias voluntades y el engranaje de piezas diversas. Conviven los experimentados con los novicios. Juegan los talentosos con los que hacen del esfuerzo su aporte fundamental. Como lo inmortalizó Carlos Caszely, el equipo tiene obreros y gerentes. Conviven los que hacen el trabajo menos vistoso con aquellos



que firman el cheque a fin de mes. Ricardo Lazbal se siente uno de los primeros, pero sabe que su contribución, quizás menos conocida y reconocida, fue importante para el título de 1978: "Lo mío tenía que ver con la actitud y el despliegue".

Así se lo dijo Don Caupolicán, un hombre de pocas palabras, más bien serio y no muy cercano a los jugadores: "Ricardo, tu trabajo ha sido fundamental para este título". Ahí recién se dio cuenta que realmente valoraba su esfuerzo. No como el día que, luego de seis cambios consecutivos, le salió del alma expresar su fastidio arrojándole la camiseta al técnico. No recibió castigo, aunque reconoce que fue una acción irrespetuosa: "Creo que Caupolicán hasta valoró que lo hiciera", me cuenta esa noche que lo fuimos a entrevistar e interrumpir sus vacaciones en Ostende, un pequeño y hermoso balneario cerca de Pinamar. Su interpretación de la inmunidad ante la falta, que era algo impensado para un joven extranjero y desconocido argentino, es que el entrenador vio que de verdad le importaba ser titular en el equipo y podía dar más de lo que estaba dando hasta entonces.

Ricardo Lazbal llegó desde Gimnasia y Esgrima de La Plata, próximo a cumplir los 21 años, y como parte de un trueque por el arquero Enrique Vidallé. Se formó en River Plate donde jugó algunos partidos en primera división el año 1976. Reconoce que no sabía mucho del equipo donde llegaba, salvo lo que "Cacho" Silvera y el "Gato" Magdalena le habían contado sobre las principales figuras del equipo,

como Elías Figueroa. También le dijeron que había pretensión de ser campeones.

En el Palestino campeón de 1978, Lazbal jugó 29 partidos y fue el cuarto goleador del equipo, marcando 6 tantos. Uno de esos goles, empezando el campeonato, le permitió al equipo tricolor quedarse con los dos puntos frente a Green-Cross de Temuco. Hizo otro en la victoria 3-2 a Cobreloa, en uno de los mejores partidos del año, y repitió en la derrota por idéntico marcador en la vuelta en Calama. En la victoria ante el equipo loino, Foto Sport lo destaca como una de las figuras del partido: "El más peligroso de la delantera. Hizo un golazo y dio otro".



Lazbal jugó hasta el año 1979 en el equipo árabe, donde luego de algunos años en Argentina, emigró a Francia, donde terminó su carrera de futbolista en 1991. Sigue ligado al fútbol como entrenador de las series menores de San Lorenzo de Almagro. En Ostende, nos habla orgulloso del proyecto Club Villas Unidas, que surge de la Escuela Oficial de Entrenadores César Luis Menotti y que busca el desarrollo integral a través del fútbol de niños y niñas que sufren exclusión y pobreza.

Se reconoce como un clásico puntero derecho, que era dueño de una gran velocidad y despliegue físico. Fue fundamental para equilibrar el equipo y colaborar con "Keko" Messen, quién se podía desentender un poco más de las labores de recuperación. Cuando

el equipo defendía, se tiraba atrás para formar una línea de cuatro para recuperar el balón. Sus centros letales, perfeccionados por el trabajo con Caupolicán Peña, encontraban casi siempre la presencia finiquitadora de Fabbiani. En el partido final con Colo-Colo es un centro suyo, al segundo palo, que encuentra la cabeza firme de Don Elías para marcar el 2-0.

Recuerda que un reconocido diario de la época titulaba: "Centro de Lazbal y gol de Fabbiani". "Lo de Oscar era impresionante", nos relata. "No era el típico goleador que sólo vivía en el área merodeando una pelota perdida. Jugaba en toda la cancha". Lo compara con lo que hacía el holandés Johann Cruyff, uno de los mejores jugadores del mundo en esos años y quien no tenía posición fija en la selección, ni en el Barcelona.



Tiene muy gratos recuerdos de Chile y de los dos años que jugó en Palestino. Señala que disfrutó su juventud y soltería en una época que era difícil para un joven y argentino. Eran los años de una feroz dictadura en Chile, con toque de queda y un conflicto limítrofe con el país vecino. Incluso su madre le insistía que la guerra era inminente y que se volviera a Argentina. Ricardo recuerda que estaba tranquilo en Chile y que los rivales nunca le dijeron algo relacionado con su nacionalidad.

Nos cuenta que Oscar Fabbiani fue fundamental para ambientarse a un nuevo país y, sobre todo, a un equipo experimentado y que se conocía de memoria. "Oscar fue el primero que se acercó y me ayudó. Yo vivía en un hotel en el centro, el Panamericano, Oscar me iba a buscar y me llevaba a entrenar", rememora agradecido. Aunque indica que se llevaba bien con todos, se reconoce más compiche de los jóvenes como Cornez y Ayala y, luego el 79, de "Coke" Contreras y Ricardo Toro.

Del equipo destaca la experiencia y la convicción de la columna vertebral. Eso les sirvió en las derrotas cuando perdieron el invicto. A pesar de lo duro que fue sabían que en algún momento tenía que pasar. Seguían seguros que darían la vuelta. Lo que destaca es que "teníamos jugadores con una personalidad tremenda". A su llegada, le sorprendió que el equipo era protagonista, de local y de visitante. Lo reafirma diciendo: "No especulábamos. Atacaban los laterales, atacaba Elías". El modelo era la Naranja Mecánica y recuerda que Don Caupolicán les confesó que había visto muchas cosas de los holandeses y que asistió a sus entrenamientos en el mundial de Argentina.

Ricardo Lazbal, cuyo apellido fue escrito esos años de las más variadas maneras (Lazval, Laszbal, entre otras) pudo ser el héroe de ese campeonato en el partido con Universidad de Chile, en la penúltima fecha. Fue un empate que pospuso todo para el encuentro con Colo-Colo. Luego de cenar con él y sus hijos, en una charla llena de nostalgia, nos dice que ese casi-gol es lo que más recuerda del campeonato: "Pudimos haber salido campeones gracias a mí. Carballo me saca una pelota del área chica que pateo y reaccionó. Era en el segundo tiempo. Atajó una pelota increíble".

Lazbal no fue el héroe del campeonato, aunque estuvo cerca de serlo con ese zapatazo que Carballo impidió que fuese gol. Parece que la vida para tipos como Ricardo tiene guardado el reconocimiento más íntimo, el del trabajo incansable y silencioso, pero no por ello menos relevante. En Palestino 78, Fabbiani firmaba los cheques, pero los Lazbal del equipo aportaban con los fondos necesarios.

Capítulo XVII

EL ABRELATAS QUE VINO DE EL MONTE



Pedro Pinto fue el puntero izquierdo titular del equipo campeón, quien con un carrerón memorable inició el contragolpe de la estocada final para el 3-1 frente a Colo-Colo. Me cuenta que le dio el pase a Manuel Rojas, quien se la pedía por la derecha, y picó al centro del área para cerrar el partido. Quería hacer su gol y sentenciar el campeonato. Pacheco y su pierna inoportuna dijo otra cosa y le negó el gol. No sólo a él, sino también a Fabbiani, quien tenía poderosas razones para querer definir el centro letal de Rojas.

Oriundo y aun ilustre ciudadano de El Monte, Pinto llegó a Palestino para el torneo de 1974. Se había iniciado como jugador profesional en Colo-Colo, siendo campeón en 1970, y luego emigrado a Green-Cross de Temuco. El equipo del sur lo había dado de baja y la recomendación de un hincha con lazos con la colonia, a través de una carta a los dirigentes, lo hizo llegar al club árabe que comenzaba su camino al título. No fue fácil su inicio en Palestino. Don Caupolicán no lo había pedido y en su puesto estaba David Henry, quien era inamovible. Me señala con sinceridad, "No veía ninguna opción de jugar". Efectivamente en la Copa Chile de ese año jugó muy poco y sólo se abrió una opción con la lesión de Henry. El técnico Peña lo llamó y le dijo secamente: "Prepárate que el domingo debutas". En su estreno, en la 4ta fecha del campeonato, enfrentaron a Wanderers y ganaron 4-2. Pinto marcó un gol y le hicieron un penal. Sintetiza: "Fue un debut soñado". De ahí, se asentó en el equipo y se ganó la confianza de Peña. Aunque Henry se recuperó de su lesión, el tímido puntero de El Monte no soltó la camiseta número 11.

Recuerda que sus primeros socios fueron Sergio Ramírez y Manuel Rojas, quienes manejaban el mediocampo tricolor. Me señala que el perfil derecho de Ramírez lo dejaba con ventaja ante los rivales. Sus pases en profundidad lo ponían de cara al gol o para dar una asistencia a quienes entraban por el centro para rematar la jugada. Rememora con nostalgia esos años y menciona que sus mejores amigos fueron los canteranos Manuel Herrera y Edgardo Fuentes. El más cercano, sin embargo, era su compadre Rodolfo Dubó. También guarda lindos recuerdos del golero argentino Enrique Vidallé, con

quien se quedaban conversando en el hotel luego de los entrenamientos.

Concuerta con varios de sus compañeros en que Caupolicán Peña fue fundamental para obtener el título. También rescata lo relevante de sus consejos y trabajos para mejorar las capacidades individuales de los miembros del plantel. Coincidente con lo que menciona Lazbal, el técnico realizaba trabajos específicos que les mejoraron sus habilidades de puntero.



Destaca que entrenaban con mucha repetición de jugadas y con trabajos para sorprender al equipo rival. ¿A qué jugaba Palestino?, le pregunto. Me dice: "Éramos un equipo veloz en la salida, que acostumbraba marcar bien arriba del campo de juego".

Su aporte al equipo lo tiene muy claro: "Lo mio era la velocidad y el desborde". Se lo dijo el profesor Peña. Pinto era el "abrelatas" del equipo. Usaba su velocidad y el manejo de ambas piernas para encarar y desbordar buscando la definición de Oscar Fabbiani, quien hizo buena cantidad de goles aprovechando las virtudes y los centros de los dos "wines": Pinto y Lazbal. Su técnico lo describía así: "Agresividad, rapidez, coordinación. Se desconcentra con facilidad, lo que lo hace irregular.

Me dice, "Me cuidaba mucho". Todo ese sacrificio se traducía en una fortaleza física que le permitía tener una contundencia y resistencia que le daba una ventaja sobre los rivales: "Yo mataba en los segundos tiempos". Reconoce que le servía mucho que todos los días se iba a El Monte a descansar, luego de disfrutar el kabbab en la secretaría de Santo Domingo. El esfuerzo que realizaba tenía una meta bien clara: "Queríamos salir de la pobreza". Pinto estaba muy consciente del sacrificio de sus padres y que quería retribuirles



todo lo que habían hecho por él y sus cuatro hermanos. Sus compañeros rememoran la extrañeza que causaba cuando pedía como prima un tractor, y no un auto último modelo como la mayoría.

En el campeonato de 1978, Pedro Pinto jugó 31 partidos e hizo 7 goles. Fue el tercer goleador del equipo, detrás de Oscar Fabbiani y Manuel Rojas. Hizo goles fundamentales para quedarse con los dos puntos en tres partidos. Uno fue el 3-2 con Aviación en la quinta fecha. Otros fueron los dos goles en la victoria 2-1 a Coquimbo en la séptima fecha. En el tramo final del campeonato, Pinto marcó el 3-2 a Santiago Morning en los descuentos del partido. Así, contribuyó con creces a borrar la pérdida de los dos puntos en el debut del campeonato contra O'Higgins, por un problema en su inscripción en la repatriación desde México.

El capítulo mexicano tiene una arista más relevante para él, que la pérdida de esos primeros puntos. Me señala que una vez contratado por el Atlético Potosino, River lo vino a buscar para reemplazar a "Pinino" Mas, una de las estrellas del equipo de Labruna que venía apagándose. Los argentinos habían visto a Pinto en los torneos de verano, en los que con sus solitarios goles habían vencido a Boca Juniors e Independiente. Los "Millonarios", como relata la revista Estadio, ofreció a los mexicanos quedarse con alguna de sus figuras en parte de pago por el puntero chileno.

Pedro Pinto no se fue a River como habría preferido. Infero que aún le duele. Desde su casa, en medio de la cuarentena, me confiesa: "Me faltó un representante". Estaba negociando solo y no hubo forma de arreglar para llegar al equipo de la franja. Se fue al campeonato azteca y no pudo refrendar las grandes expectativas que se tenía de él. Confesaba en Estadio cuando retornó a Palestino: "Lo de México todavía me duele. Aunque no sé si puede calificarse exactamente

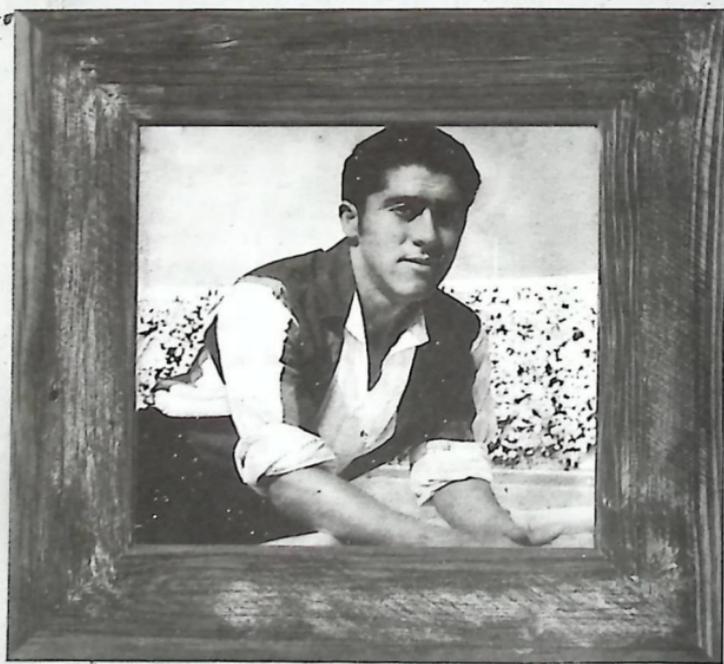
como fracaso". Para explicarlo, señalaba: "Sucedió que simplemente no me pude mostrar nunca en la cancha tal como soy, con mis condiciones y con mis mejores armas, que son la velocidad y el desborde".

Volvió a Palestino para el torneo de 1977, con los también repatriados Manuel Rojas y Roberto Hodge, convencidos por Enrique Atal que los esperaba una vuelta olímpica. Señalaba a su vuelta: "Y están Fabbiani, Messen, Hidalgo, Rojas, Coppa y Dubó, Hodge, Figueroa... Creo que por nombres y por plantel debemos estar entre los tres equipos más poderosos del país. Y ya todo el grupo piensa, sueña en el Campeonato".

Pedro Pinto no pudo ser figura en el Monumental de Nuñez, una espinita que lleva clavada hasta hoy. No sabemos qué habría pasado. Tal vez la rompía y no volvías más. Algo si sabemos con seguridad. En 1977 volvió a Palestino, con más dudas que certezas, pero con sus desbordes, sus centros y sus goles fue unos de los protagonistas del último campeonato nacional de Palestino.

Capítulo XVIII

GUSTAVO CORTÉS





Gustavo Cortés es, como se dice coloquialmente, del inventario de Palestino. Es uno de los jugadores emblemáticos del club y no sólo fue el ayudante de Caupolicán Peña en el título de 1978, sino que estuvo varios periodos como director técnico en el club árabe. En 1981 tomó al equipo en la fecha 19, reemplazando a Mario Tuane, y lo dirigió en la liguilla de promoción. Mantuvo al equipo en primera, derrotando a Antofagasta 2-1, con el único gol que marcó el sudafricano Anley en la temporada. En 1982 dirigió todo el campeonato y, nuevamente, en la liguilla de promoción logró mantener al equipo en la división de honor.

Gustavo Cortés jugó en Palestino entre 1964 y 1971, cumpliendo funciones de lateral izquierdo. En el último año de su carrera, el equipo no logró evitar el descenso a segunda división y es la mayor pena que recuerda de su carrera como futbolista y entrenador. La página Palestino Histórico lo incluye entre los jugadores destacados en la historia del club, señalando



los progresos que hizo a través del tiempo hasta transformarse en un indiscutido de la banda izquierda. Comparte un lugar en la memoria de los hinchas junto a otros indiscutidos como Roberto Coll, "Chocolito" Ramírez y los campeones de 1978.

Al asumir en 1974, Caupolicán Peña lo eligió para trabajar como su ayudante. Gustavo Cortés estaba realizando su curso de entrenador, cuando Peña le dio la tarea de acompañarlo en la ruta al campeonato y ser su vínculo con las series menores del club. Dice que no se conocían, pero cree que lo recomendó Antonio Basile, gerente técnico del club, para ocupar el cargo. No sólo fue un fiel escudero, también le tocó asumir roles protagónicos durante esos años. Cuando Peña asumió en la selección chilena, Cortés tomó la dirección técnica del equipo y finalizó la temporada 1976. Le tocó

también tomar las riendas, aunque sólo por un partido, cuando renunció Fernando Riera en 1977 y Peña retornó al equipo de colonia. Durante los ochenta volvió a dirigir el equipo y ostenta el récord de ser el técnico con más partidos dirigidos en el club.

Don Gustavo es muy querido y respetado por los jugadores. Estaba muy cerca de ellos, aportando una palabra de aliento y para marcar algún detalle. Era quien profundizaba en forma más personal las instrucciones y trabajos del técnico Peña. Lo que más destacan los miembros de ese plantel es que siempre estaba disponible para ayudar y darles una palabra de apoyo. Ricardo Lazbal recuerda que era quien estaba más en contacto con los juveniles, pero que "tenía un trato muy cordial con todos". En su caso personal, indica: "Siempre me daba confianza".

Manuel Rojas, quien compartió con él también como jugador en sus inicios en el primer equipo, destaca su profesionalismo. Me dice, "Guardo muy lindos recuerdos de él, a pesar de lo duro que nos trataban en las prácticas, él y Víctor Castañeda, a Guido Coppa y a mí, quienes teníamos la mala suerte de jugar como punteros en nuestros primeros entrenamientos".

Al conocerlo y conversar con Don Gustavo en una café del Barrio Brasil me explico el porqué de ese respeto y cariño. De una sencillez y calidez extraordinaria, no tuvo inconvenientes para agendar la entrevista, ni para volver a conversar a principios de mayo. Sin apuro y tratando de recordar detalles, me entregó generosamente su visión del campeonato y sus protagonistas. No tiene una opinión muy distinta a la de los jugadores con los que conversé respecto a las razones del éxito de esos años inolvidables. Primero, destaca al profesor Peña y su influencia en la forma de jugar del equipo. Se le nota que admira el trabajo de don Caupolicán y aun los une un lazo de amistad. Hurgando en revista Estadio me encontré con su declaración cuando Peña retorna al equipo en 1977: "Para mí es la vuelta de un amigo, de un buen amigo. Y mi obligación es ayudarlo en todo lo que pueda. Para Gustavo Cortés, lo fundamental del título

estuvo en la elección de los jugadores, que se acomodaran a la idea de juego de Peña. Segundo, enfatiza la armonía en el equipo y la calidad futbolística y humana de los jugadores. Con su cercanía, su buen trato y la limpieza de su carácter, Cortés contribuyó enormemente al trabajo armonioso del equipo. Esto permanece hasta ahora, según me relata Manuel Rojas: "Siempre que voy a Chile recibo su llamada y su preocupación por mi y mi familia".



El trabajo y dedicación de Gustavo Cortés contribuyó a que Palestino tuviera buenos jugadores y mejores personas. Marco Cornez recuerda que en esos años no había preparador de arqueros, con lo que había mucho de entrenamiento y aprendizaje propio entre los mismos porteros del equipo. Don Gustavo le insistía en el trabajo y que se fijara en Manuel Araya y Enrique Vidallé, para así mejorar como arquero. "Le hacía caso y entrenaba como un millón de saques con él", me señala uno de los arqueros más goleadores del fútbol chileno y que tuvo pocas opciones de jugar en 1978 por la extraordinaria campaña de Manuel Araya.

"Coke" Contreras me señala desde Los Angeles, donde sigue su carrera de entrenador en Iberia, que don Gustavo es el técnico que más lo marcó en su carrera futbolística: "Y eso que fui dirigido por varios técnicos connotados en Chile y en el extranjero", me recalca. Lo instó a mejorar sus habilidades como el cabezazo y el disparo de media distancia. Agradece las horas extras que le dedicó a pulir esos aspectos, como resultado de la insistencia de Cortés. Cuando le pregunto por la principal característica de don Gustavo, no tiene dudas en rescatar su rol de formador en el amplio sentido de la palabra: "Él siempre quería sacar lo mejor de nosotros". Destaca que lo hacía siempre de buena manera, sin salirse de sus casillas: "Era muy paternal en el trato".

Contreras recuerda una sola vez que lo vio enojado y fue una de las grandes enseñanzas que recibió de él. "Alternaba ya en el primer equipo y me esforzaba al máximo por ser considerado, pero sumaba pocos minutos y a veces ni siquiera me vestía para los partidos", me cuenta. Se acababa ya el entrenamiento de fútbol y Don Gustavo le dijo: "Coke muy bien, con eso es suficiente. Ya estamos para el fin de semana", enojado recuerda que le respondió: "Sí y ¿para qué?, para que el domingo ni me consideren y me quede vestido sin jugar". Lo mandó al camarín y luego le habló en frío sobre lo importante que era la perseverancia y la calma para esperar la oportunidad. No lo olvidó jamás.

Para Gustavo Cortés, la mayor satisfacción era cuando los jóvenes se consolidaban en el primer equipo y que los más destacados, como Edgardo Fuentes y Coke Contreras, partieran y triunfaran en el extranjero. Me dice, "Me preocupaba mucho de la persona, no sólo del jugador". Entre sus estrategias destaca que a veces dejaba a los mejores fuera de la titularidad, para que así fueran acostumbrándose a lo que les podría ocurrir en el primer equipo. Para él, su labor con los jóvenes era eminentemente formativa: "Siempre les decía a los dirigentes que no me exigieran títulos en las divisiones menores".

Edgardo Fuentes, quien es indicado como uno de sus regalones, señala: "Don Gustavo vivía el fútbol intensamente y se destacaba por corregir aspectos del jugador, sobre todo en la etapa de formación". Cortés recuerda que como vivían cerca, lo pasaba a buscar para llevarlo a los entrenamientos y por eso, para el resto, era como si fuera uno de sus preferidos. Me recalca, "Yo no hacía diferencias, en todo caso". Fuentes indica: "Estoy muy agradecido del profe Gustavo, ya que fue el que me llevó a Palestino". Señala, además: "Era una persona muy humana, siempre estaba al pendiente de cualquier detalle con el jugador".

La identificación y fidelidad de Gustavo Cortés con la institución es destacada por Manuel Rojas. Estuvo siempre disponible a ayudar y asumir responsabilidades, como cuando Peña y Riera dejaron la

dirección técnica. No sólo estuvo en los años de gloria de Palestino, contribuyendo a formar a los más jóvenes, y disfrutando de los campeonatos, liguillas y copas libertadores. También estuvo en los años menos gloriosos, esos de las liguillas de promoción y los goles milagrosos. El conductor del campeón de 1978, cierra su reflexión con una frase certera, como en la cancha: "Don Gustavo es Palestino. Más que yo, más que todos nosotros".

Capítulo XIX.

**LOS DUEÑOS DE LAS BANDAS:
CAMPODÓNICO Y VARAS**



En el campeonato del 78, los titulares inamovibles en las bandas de la defensa fueron Mario Varas y Eddie Campodónico, quienes estuvieron presentes en 29 partidos cada uno. Su aporte, sin embargo, no se limitó sólo a las labores de cuidar el arco propio y anular los embates de célebres punteros como el "Pollo" Veliz, José Luis Ceballos, "Mané" Ponce y el "Chico" Hoffens, por nombrar a algunos. También vencieron la timidez y la desidia, cruzando a territorio enemigo para marcar en la portería rival.



El "Perro" Varas hizo dos goles, uno en el 3-1 a Deportes Aviación en la fecha 22 y, luego, tres fechas más tarde en la goleada 6-0 a Rangers. En ese partido, Oscar Fabbiani marcó 5 tantos y comenzó la recuperación tras la pérdida del invicto con las dos derrotas consecutivas. Eddie Campodónico se hizo presente con un tanto en el campeonato de 1978. Fue en la quinta fecha, en una victoria 3-2 a Aviación en el estadio El Bosque, donde también convirtieron Jorge Zelada y Pedro Pinto.

Ambos laterales se caracterizaban más por ser fieros en la marca que por la proyección y los desbordes. La fiereza de Varas se reflejaba en su apodo: "Perro". Lo reafirmó el capitán Dubó cuando le pregunté una definición del lateral: "Un perrito para marcar". Su sobrenombre, recibido en las divisiones inferiores de la Universidad Católica, no le disgustaba y evoca ahora al que heredó Gary Medel. Decía en una entrevista en Estadio: "No, la verdad es que no me enoja, porque sé que no es despectivo".

En el caso de Campodónico, su posición natural era de defensa central y ese fue el puesto en el que brilló en la campaña de 1975 jugando por O'Higgins, que lo puso en la mira de varios clubes importantes. Relataba en la revista Estadio que: "Don Caupolicán, que me había ido a ver jugar varias veces a Rancagua para no equivocarse, quería que yo jugara de lateral, cosa que a mí no me gustaba. Prefería estar

al centro de la defensa". Me cuenta desde La Serena, donde se radicó, que no fue la mejor decisión económica el aceptar la oferta de Palestino, pero me dice "era muy complicado negociar con los dirigentes del club de colonia".

Varas llegó a Palestino en 1974 proveniente a préstamo desde Unión Española donde jugaba muy poco. Con sus buenas actuaciones se ganó el cariño de la hinchada y el aprecio de los dirigentes, quienes terminaron comprando su pase en 1975. Campodónico fue contratado en 1976 y provenía de O'Higgins, donde recuerda que hizo un gol que maravilló a Peña. Partió desde su propio campo y me relata: "Se la toqué a alguien que me devolvió la pared y yo defini con un zapatazo impresionante. Ese gol fue el que me llevó a Palestino".

Los dos laterales estuvieron hasta 1983 en Palestino cuando partieron a jugar a Sudáfrica, aunque Campodónico entremedio tuvo un paso por Deportes Iquique, el club de la tierra donde nació. Ambos fueron alentados a emigrar por el entrenador chileno Mario Tuane, quien había tenido un paso bastante discreto por Palestino en 1981. Sólo la labor postrimera de Gustavo Cortés y un tan impensado como recordado gol de Anley, salvaron al equipo tricolor de bajar a segunda división ese año.

Varas y Campodónico eran bastante temperamentales, pero fueron madurando con el tiempo. De Varas, el técnico Peña decía a fines de la temporada 1975 en la revista del club: "Tiene todos los elementos para configurar un excelente defensa lateral por su gran espíritu de lucha. Es demasiado explosivo". Fabbiani lo recuerda con aprecio y lo destaca como "Chistoso, gracioso, pero daba el 100 por ciento dentro de la cancha".

Campodónico, luego de obtener el título, declaraba en la revista Foto Sport que le faltaba aquietarse más adentro de la cancha. Decía: "Soy muy caballo loco, tiendo a hacer una jugada demás". A ese le decíamos "El Eléctrico", me cuenta Fabbiani. "Venía siempre a 100 km por hora". Ese exceso de temperamento lo traicionó en la Copa Libertadores de 1976 cuando, en el estadio Centenario, reaccionó con un codazo y fue expulsado tempranamente frente a Peñarol.

En revista Estadio revela que hizo la promesa que nunca más perjudicaría a su equipo de esa forma. De hecho, en el campeonato de 1978 no fue expulsado.

La importancia del grupo que se formó es destacada por Varas. En revista Estadio, en la antesala del título, señalaba que su mejor rendimiento lo había alcanzado al

marcar en la punta derecha, lo que coincidió "con la madurez de jugar en un cuadro como este". Como factores de la gran campaña indicaba la convivencia, un excelente cuerpo técnico, buenos jugadores, el espíritu colectivo y el entendimiento entre todas las partes.



Campodónico, entrevistado luego de la vuelta olímpica por Foto Sport, se refiere a las figuras del equipo y al mejor partido que jugaron en la temporada. Del campeonato en 1978, además de todo lo que significaba Elías Figueroa, destacaba la importancia de Manuel Rojas: "Resultó decisivo en varios partidos y los jugó casi todos". De los encuentros, destaca la goleada 7-0 a Huachipato. Señalaba: "Lo que no se destacó en esa oportunidad fue el juego desarrollado. Todos pensaron que el marcador era por el rival".

Así como en la cancha, los laterales de esta historia transitaron por trayectorias paralelas. Como en la vida, alguna vez se cruzaron. A Mario Varas no pude ubicarlo para la entrevista y con Eddie Campodónico tuve una charla breve, pero muy afectuosa. Me ofreció su ayuda luego que todo esto pase y tengo pendiente una visita a La Serena. Varas vino un tiempo a Chile y se volvió a Sudáfrica. Campodónico atesora sus recortes y recuerdos para su propio libro. Vidas paralelas, como en la cancha, cada uno fiero en el cuidado de su propia banda. Uno de Mincha, otro de Copiapó. Vidas paralelas, que alguna vez se intersectaron en un equipo que los hermano y donde se ganaron un lugar en la historia.

Palestino 78

Roberto Álvarez E.

Daniela Zamora, Seleccionada Chilena de Fútbol

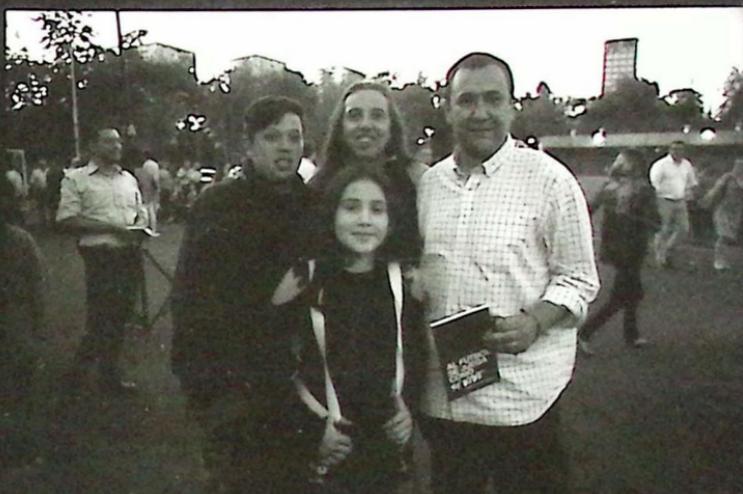
Como jugadora y, especialmente, como delantera me emocionó mucho leer el capítulo dedicado a Fabbiani, el goleador del campeonato de 1978. Muchas de sus palabras, sobre los esfuerzos y el trabajo duro que tuvo que hacer para llegar a triunfar, hacen reflexionar y sentir que las historias de los grandes siempre tienen algo en común. Nos enseñan que a nadie se le ha hecho fácil llegar a ser de los mejores y esto motiva para seguir buscando alcanzar cada uno de los objetivos propuestos como persona y como deportista, independiente de los obstáculos que te va poniendo la vida.

Jorge Contreras, Ex - Jugador de Palestino y Técnico de Iberia

Para mí es un orgullo poder referirme a un equipo que marco una época en la historia de nuestro fútbol chileno. En lo personal, Palestino 78, me refiero al plantel y a su cuerpo técnico, fue la mejor escuela para mi proyección futbolística. ¿Como lo puedo ratificar? Solo con la fortuna de haber compartido y aprendido de aquellos ídolos y figuras de la época. Agradezco a Roberto por escribir este libro y por el privilegio de ser parte de él y comentarlo.

Luis Jiménez, Capitán Palestino 2020

Para todos quienes hemos jugado en esta institución, este libro nos hace recordar un equipo histórico. No estamos acostumbrados a estar en los primeros lugares y, por lo tanto, es necesario homenajear a aquellos que nos dieron el último campeonato del club. Recorrer estas páginas es impregnarse de la grandeza de sus jugadores y dejar constancia para las generaciones futuras. Para mí es, además, un libro muy cercano. Rodolfo Dubó, legendario capitán del club, fue mi técnico en las divisiones menores y me hace lucir más orgulloso la cinta del equipo actual.



Roberto Álvarez nació en El Tabo el 30 de octubre de 1970 y es Profesor Titular de la Universidad de Chile. Es Ingeniero Comercial y Magister en Economía de la Universidad de Chile y Doctor de la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA). Su primer libro, *Al Fútbol se Juega como se Vive*, fue publicado el 2018 y contiene cuentos que relatan historias de su pueblo y su gente. Se declara viajero, aprendiz de padre, feliz esposo, hijo y hermano, y especialista en enganche hacia adentro y gol al segundo palo. Es casado con Alejandra y tienen dos hijos, Camila y Sebastián.



Diseño. www.forjadigital.cl